



Autoras
Natalia Montejo Vélez
María Alexandra Rincones Marchena

Gestos de lo femenino

diálogos comparativos entre *Americanah*
y *En diciembre llegaban las brisas*

Autoras

Natalia Montejo Vélez

María Alexandra Rincones Marchena

Gestos de lo femenino
diálogos comparativos entre *Americanah*
y *En diciembre llegaban las brisas*



Presidente del Consejo de Fundadores

P. Diego Jaramillo Cuartas, cjm

Rector General Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

P. Harold Castilla Devoz, cjm

Vicerrectora General Académica

Stéphanie Lavaux

Director de investigación – PCIS

Tomás Durán Becerra

Subdirectora Centro Editorial – PCIS

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Rector Bogotá Presencial

Jefferson Enrique Arias Gómez

Vicerrector Académico Bogotá presencial

Nelson Iván Bedoya Gallego

Director de Investigación Bogotá presencial

Benjamín Barón Velandia

Coordinadora de Publicaciones Rectoría UNIMINUTO Bogotá

Lorena Cano Vergara

Decana Facultad de Ciencias de la Comunicación

Eliana del Rosario Herrera Huérfano

Montejo Vélez, Natalia

Gestos de lo femenino: diálogos comparativos entre *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas* / Natalia

Montejo Vélez, María

Alexandra Rincones Marchena. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, 2023.

ISBN: 978-958-763-647-5

96p.

1. Marvel Luz Moreno Abello -- 1939-1995 -- Crítica e interpretación -- Colombia

2. Chimamanda Ngozi Adichie -- 1977 -- Crítica e interpretación -- Nigeria 3. Mujeres -- Aspectos sociales

4. Análisis del discurso

narrativo -- Investigaciones 5. Escritura -- Estudio de casos 6. Lingüística -- Investigaciones i. Rincones

Marchena, María Alexandra

CDD: 305.42 M65g BRGH Registro Catálogo Uniminuto No. 104939

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib104939>

Gestos de lo femenino: diálogos comparativos entre *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas*

Autores

Natalia Montejo Vélez, María Alexandra Rincones Marchena

Asistente editorial

Leonardo Alfonso Bernal Prieto

Corrección de estilo

Miguel Fernando Niño Roa

Diseño y diagramación

Mauricio Salamanca

Primera edición digital: 2023

Proceso de arbitraje doble ciego

Recibido del manuscrito: agosto de 2021

Evaluado: agosto 2022

Ajustado por autores: septiembre de 2022

Aprobado: noviembre de 2022

eISBN: 978-958-763-647-5

DOI: <https://doi.org/10.26620/uniminuto/978-958-763-647-5>

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Calle 81 B # 72 B – 70

Bogotá D. C. - Colombia

2023

©Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO. Todos los capítulos publicados en *Gestos de lo femenino: diálogos comparativos entre Americanah y En diciembre llegaban las brisas*, fueron seleccionados por el Comité Científico de acuerdo con los criterios de calidad editorial establecidos por Institución. El libro está protegido por el Registro de propiedad intelectual. Los conceptos expresados en los artículos competen a los autores, son su responsabilidad y no comprometen la opinión de UNIMINUTO. Se autoriza su reproducción total o parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales, tal como se precisa en la Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir Igual que agoce UNIMINUTO.

Contenido

Presentación	9
Sobre las autoras.....	11
Un camino recorrido en palabras.....	13
Resumen:.....	21
Abstract:	21
Las autoras y sus entornos de escritura.....	23
Marvel Moreno: entre Barranquilla y París	23
Chimamanda Adichie: entre Nigeria y Estados Unidos	25
Una apuesta por la oralidad y la escritura.....	29
El gesto de la oralidad y su simbología: resistencia y resignificación....	29
El gesto de la escritura y su simbología: resistencia y resignificación...	33
Lo femenino: imaginarios y resistencias	39
El cuerpo: lugar donde todo pasa.....	57
Territorio: el espacio habitado y sus significaciones.....	65
Las identidades construidas.....	80
Sentidos que se tejen entre obras y mujeres: la invitación de <i>Americanah</i> y <i>En diciembre llegaban las brisas</i>	89
Referencias	93

Presentación

“Mujer: tú la virtuosa, y tú la cínica,
Y tú la indiferente o la perversa;
Mirémonos sin miedo y a los ojos:
Nos conocemos bien. Vamos a cuentas. (...)”

Alfonsina Storni, *La armadura*

El cosmos social, como lo denominaba Bourdieu, está compuesto de unos campos de relaciones que funcionan como redes atravesadas por las tensiones y jerarquías entre quienes participan en él. La literatura, como hecho social, es un lugar simbólico para la expresión, representación y resistencia de esas dinámicas, de manera que ella nos permite acceder a la densidad de esos microcosmos.

Por ello, los caminos de la reflexión contemporánea en torno a lo social exigen cada vez más a los investigadores una mirada aguda y matizada para acercarse a la complejidad del tejido de lo humano. Esto aplica igualmente para el acercamiento al fenómeno literario, pues deshilar en los textos los significados y voces que allí se encuentran requiere de un proceder conceptual y hermenéutico cuidadoso y dialogante para que logre poner en perspectiva la alteridad que se nos presenta.

Las novelas *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas* son un buen ejemplo de ese mundo polifónico que es la literatura. Resultado de dos plumas distantes en el tiempo y en el espacio, ambos mundos ficcionales recuperan las dinámicas de cosmos sociales donde, a pesar de sus diferencias, confluyen los hilos conductores de la experiencia femenina. Y, atendiendo al llamado contemporáneo, el estudio que Natalia Montejo y Ma. Alexandra Rincones han preparado para quienes las leemos en *Gestos de lo femenino* es una invitación para acompañarlas en sus recorridos interpretativos y adentrarnos en las voces de esas mujeres que se miran a los ojos, sin miedo, en las líneas de Chimamanda Ngozi Adichie y Marvel Moreno.

El libro de las investigadoras nos brinda un análisis de lo femenino desde diferentes perspectivas y dimensiones, proponiendo una reflexión que sigue las bifurcaciones de la complejidad interseccional del género, la racialización y los grupos socioeconómicos. Nos llama a adentrarnos en los mundos de estas dos escritoras y de reconocer en sus personajes los cruces del cuerpo, el amor, las subordinaciones de las mujeres y las fracturas de esas jerarquías. Además, el marco conceptual que han construido extiende una base sólida para que tanto los académicos como quienes están iniciando sus acercamientos a los problemas de base puedan enriquecer sus análisis y generar sus propias hipótesis de lectura. Por esto, se trata de un estudio relevante, pertinente y actual en el campo de los estudios literarios y sus conexiones con los estudios de género, utilizando fuentes de calidad que enriquecen el campo disciplinar.

Las ideas que recorreremos en este estudio serán, seguramente, las bases para otras investigaciones y muchos diálogos se abrirán a partir de él. Sigamos los rumbos de esta construcción colectiva del conocimiento y atendamos el llamado a participar en el encuentro que proponen estas páginas.

Andrea Milena Guardia Hernández
Docente investigadora
Universidad La Gran Colombia

Sobre las autoras

Natalia Montejo Vélez

Nació en Bogotá, Colombia. Es docente, escritora e investigadora. Es Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Javeriana, magistra en Filosofía con mención honorífica por su tesis de grado de la misma Universidad. Además, tiene otra maestría en Escrituras Creativas en Español de la Universidad de Salamanca en España. Lidera el Proyecto de Escrituras Creativas El Árbol Rojo, el Semillero de investigación en Literatura y su programa radial en UNIMINUTO. Coordina las asignaturas de Escrituras Creativas y Literatura. Perteneció al grupo de investigación Comunicación, Lenguaje y Participación. Como investigadora, sus intereses se centran en el lenguaje, la literatura y las prácticas de la lectura y la escritura. Específicamente trabaja resignificando el canon literario en clave de género. Ha escrito artículos en revistas y, también, literatura desde los géneros de la poesía y la narrativa.

Enlaces:

CvLAC:

https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000283169

Google académico:

<https://scholar.google.com/citations?user=ReFwSAoAAAAJ&hl=es>

ORCID:

<https://orcid.org/0000-0001-7765-0480>

María Alexandra Rincones Marchena

Nació en Cartagena, Colombia. Es comunicadora social-periodista, de la Corporación Universitaria Minuto de Dios (Bogotá) y magistra en Lingüística Aplicada del Español como Lengua Extranjera, de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá). Cuenta con nueve años de experiencia como docente de asignaturas del área de Lenguaje, en el Programa de Comunicación Social-Periodismo de UNIMINUTO- Sede Presencial. Participa en el Proyecto de Escrituras Creativas El Árbol Rojo, en UNIMINUTO. Se ha desempeñado como correctora de estilo de publicaciones institucionales y externas.

ORCID:

<https://orcid.org/0000-0002-0298-4221>

CvLAC:

https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001416561

Google Académico:

<https://scholar.google.com/citations?user=ba-hr18AAAAJ&hl=es>

Un camino recorrido en palabras

Este libro que ahora comienzan a leer es una invitación a recorrer las palabras de la escritura de dos grandes autoras, una colombiana y la otra nigeriana. Marvel Moreno y Chimamanda Adichie, con el apoyo del azar y de la industria cultural, se comunicaron de manera profunda con nosotras; investigadoras, hambrientas de conocer los mecanismos por los cuales, como mujeres, sentimos resistencias sobre lo que socialmente se ha establecido y que se ha impuesto sobre el significado de nuestras “identidades femeninas”. Se comunicaron con nosotras sin que ellas se hubieran enterado. Se comunicaron porque la literatura es un mensaje lanzado al mar con la esperanza de que resuene en el espíritu de alguien, de un lector o lectora que se abra a las palabras dichas en esa botella. Nuestra escritora coterránea nos habló desde el más allá, porque ya no pertenece al mundo de los vivos. Llegamos mucho después de su generación, pero nos dijo con contundencia acerca de las mujeres al contarnos las historias que componen su novela. La escritora nigeriana nos habló cercanamente sobre lo que significa para lo femenino el territorio, desde un mundo completamente por descubrir en esta orilla colombiana. Así, lo lejano se convirtió en cercano. Las décadas y las distancias que separan a estas dos autoras, en un primer momento, parecen irreconciliables. Más si contamos los muros y los límites de las lenguas en las que

fueron escritas sus obras: *En diciembre llegaban las brisas* y *Americanah*. Pero esa es la magia de la literatura, que estas obras hablan de lo profundo que nos conecta, trasciende contextos y nos llama a actualizar e interpretar los signos y los símbolos que mantienen su vigencia.

El interés por indagar sobre las autoras seleccionadas surgió dentro de la estrategia de promoción de lectura *Café literario de profesoras*, que realizamos en el marco del *Proyecto de Escritura Creativas El Árbol Rojo*. Este espacio se diseñó con el fin de acercar a la literatura a un grupo de profesoras del Programa de Comunicación Social-Periodismo, de UNIMINUTO. Este compartir colectivo nos permitió explorar un buen número de obras y autoras en las que estaban Marvel Moreno y Chimamanda Adichie. Debido a que éramos un grupo de mujeres académicas, empezamos a reflexionar sobre diferentes temas que proponen las autoras en sus novelas. Al encontrar similitudes y diferencias importantes sobre lo femenino, relacionado con el territorio y la identidad en los diálogos diletantes que se generaron en estas conversaciones espontáneas, decidimos formalizar la lectura e iniciar un estudio comparativo entre las dos novelas. Nos sentamos ficcionalmente juntas a la mesa, la escritora barranquillera de los años ochenta, junto a la nigeriana contemporánea, y nosotras como investigadoras servimos de intérpretes. Sabíamos que era un reto poner en diálogo a dos mujeres de contextos tan distintos y de épocas tan alejadas. Sin embargo, esa oportunidad de construir puentes conceptuales y reflexivos entre estas dos obras, reactualizando sus contenidos para el momento contemporáneo en el que vivimos, nos motivó a emprender con fuerza este camino de conocimiento.

No hubiéramos logrado comprender la complejidad de sistemas simbólicos que nos proponían las autoras en sus narraciones de no haber integrado las miradas de los marcos teóricos que aquí incluimos. Por tanto, este libro se caracteriza por comprender de manera sustancial el tema de lo femenino en relación con el cuerpo, el territorio y la(s) identidad(es), en un diálogo interseccional, que permite un horizonte de entendimiento sobre lo que sucede y ha sucedido con las mujeres en el devenir histórico. Esto permitirá que se identifiquen los espacios y formas de resistencia de lo femenino frente a las estigmatizaciones y estereotipos a los que nos vemos enfrentadas en la vida cotidiana.

Este libro, entonces, recoge algunos de los hallazgos de la investigación titulada *Análisis comparativo de los procesos de resignificación y construcción de sentido de lo femenino, el territorio y la identidad en las novelas Americanah, de la escritora nigeriana Chimamanda Adichie, y En diciembre llegaban las brisas, de la escritora colombiana Marvel Moreno*, realizada en el Programa de Comunicación Social-Periodismo de UNIMINUTO. Iniciamos este tejido de reflexiones sobre las obras literarias al ubicar a los lectores en los contextos característicos de Marvel Moreno y de Chimamanda Adichie. Narramos con atención las distancias, los aspectos culturales que las diferencian, las experiencias vividas que pudieron darnos luces del lugar particular en el que cada una se situó para hablar de las mujeres. Así, al leer esas diferencias, se empezaron a revelar los puntos comunes de los sentidos que estaban proponiendo cada una en sus novelas. Mientras fuimos recorriendo los contextos, nos ubicamos en espacios y tiempos disímiles. Sin embargo, desde ese momento empezamos a intuir que entre las absolutas diferencias contextuales de las vidas de las autoras y del origen de estas escrituras, se hallaban costuras fundamentales que las unen y que, a su vez, nos integran a nosotras como escritoras de este libro. Por eso decidimos estructurar cada apartado como un tejido de reflexiones que integran las palabras de las dos autoras simultáneamente.

En esta misma línea, y porque somos conscientes de que esta construcción la hicimos desde dos prácticas importantes: la lectura y la escritura, que nos mostraron los medios por los que podemos resistirnos a ideas prefijadas sobre lo que somos, decidimos dedicar un apartado a las reflexiones en torno a estas prácticas. Al enfrentarnos con dos obras literarias de gran envergadura, no solo por su extensión sino por su profundidad, nos encontramos con narrativas y sistemas simbólicos que se estructuran a partir de la práctica de la escritura y de la oralidad como ejercicios fundamentales para transformar los sentidos que lo femenino, como tema principal, supone. Por eso el tejido interpretativo que proponemos durante todo el desarrollo de los diferentes capítulos recoge lo que significa escribir y conversar. Así entonces, en el apartado que le sigue a la presentación del contexto, nos concentramos en pensar cómo

la oralidad y la escritura son también formas de resistencia y resignificación de los imaginarios que históricamente se han generado en relación con las mujeres.

Iniciamos esta conversación poniendo como centro del análisis el concepto de lo femenino, revisamos cuáles son esos mecanismos que atrapan la idea de lo que significa esta palabra y entendemos que entre más dura y fija sea la idea de lo natural en oposición a lo cultural, traducida en ciertas ideas como la oposición de lo femenino y lo masculino, más contundentes y originales son las formas de resistir a ellas propuestas por las autoras escogidas. De esta categoría se “desprenden”, entonces, las relaciones con el cuerpo, el territorio y la(s) identidad(es), que se entienden a partir de la interseccionalidad. Chimamanda Adichie nos interpela para no olvidar el territorio, para comprender los sentidos de lo femenino, por tanto, continuamos nuestro recorrido observando lo que significa habitar un territorio particular y construirlo a partir de nuestras ideas de lo que este supone. Así llegamos al problema de las identidades relacionadas con lo femenino. Los capítulos anteriores desembocan en este apartado para conectar, punto a punto, el gran tejido interpretativo al que le estamos apostando en este libro.

El interés por el tema de esa investigación surge a partir del trabajo mancomunado que la comunicación establece con otras áreas del saber, para comprender la literatura como fenómeno comunicacional y cultural. Esta relación interdisciplinaria permite abordar las categorías trabajadas en este libro desde varias perspectivas, las cuales alimentan la discusión en el ámbito académico. No olvidemos que desde la universidad generamos transformaciones profundas en el pensamiento de una cultura como en la que estamos inmersas(os). Por eso, transformamos, en principio, nuestra mentalidad como investigadoras, y la de nuestras compañeras, que, a su vez, entran en diálogo con el pensamiento de este siglo. Estas transformaciones del pensamiento actualizan el saber en los espacios curriculares sobre las implicaciones que tienen las representaciones sociales que rodean el rol de la mujer y su identidad, permitiendo encontrar formas nuevas de resistencia.

Lo anterior tiene como intención proponer un cambio en la concepción de lo femenino, el territorio y la identidad, que se establece en los imaginarios cotidianos, de quienes integramos la sociedad colombiana y latinoamericana, con el fin de sensibilizar a quienes nos leen, para que se apropien de estas ideas y se dispongan a ser agentes de cambio. Esto aportará en la construcción de una sociedad más incluyente, con conciencia de género, en la que el sujeto femenino se empodere en la lucha contra la violencia simbólica.

Para traerles a ustedes, lectoras y lectores, este libro, fue necesario que el proyecto del que surge integrara el método semiótico textual y el análisis del discurso. Por tanto, el sustento teórico que guio estas reflexiones incluye las teorías de los Estudios feministas como las desarrolladas por Linda McDowell, Marta Lamas, Rita Segato, Flora Tristán, Valeria Flores, Kimberlé Crenshaw, entre otras. Además, usamos la metodología que plantea el Análisis Crítico del Discurso (ACD), iniciado por el célebre lingüista Teun A. Van Dijk, junto con la tradición europea de la Semiótica Textual en las propuestas analíticas del texto literario, como las planteadas por Roland Barthes y la Escuela de París.

Así las cosas, se estructuraron dos fases de trabajo, de acuerdo con el interés que nos había suscitado la investigación y las proyecciones que teníamos. Por un lado, en la primera de estas fases, leímos las obras seleccionadas y realizamos el análisis comparativo de estas, identificando aquellos apartados que se relacionaran con las cuatro categorías principales por analizar: lo femenino, el cuerpo, el territorio y la identidad. En la segunda fase, consideramos pertinente, por el carácter de la investigación, proponer espacios para compartir experiencias de procesos de resignificación y construcción de sentidos de manera dialógica entre los resultados del análisis teórico y las experiencias de algunos grupos poblacionales. Por esa razón, consideramos valioso que el Semillero de Literatura, Cine y Cultura se transformara en el Semillero de Investigación en Literatura *El Árbol Rojo*, y que reuniera a estudiantes interesadas(os) en proyectos literarios, de promoción de lectura, e incluso, que desearan crear y producir contenidos radiales que fomentaran la literatura.

Fue así como en febrero de 2020, se unieron varios estudiantes a este espacio e iniciaron los diálogos en torno al trabajo que realizamos con el proyecto y las búsquedas personales de quienes llegaron a integrar el semillero. De esta experiencia, una de las estudiantes, Angie Martínez Montaña, decidió centrar su trabajo en la novela *El tiempo de las Amazonas* (2020), obra póstuma de la autora barranquillera Marvel Moreno. La decisión de Angie nos ofreció la oportunidad de generar espacios de diálogos con las(os) estudiantes en torno al proyecto que veníamos desarrollando, y compartir nuestro entusiasmo y experiencias por el trabajo realizado, a la par que acompañamos los procesos de cada integrante del semillero.

En este camino, consideramos también que el espacio radial de *El Árbol Rojo*¹ nos permitía incorporar dos escenarios en los que habíamos estado trabajando y compartir con más personas nuestras reflexiones y el crecimiento personal que experimentamos en la construcción del proyecto. De ahí que, en distintas etapas de la investigación, surgieran programas pensados en acercar a la audiencia a nuestro proceso, con el ánimo de entusiasmar y suscitar en quienes nos escucharan el interés por Marvel Moreno y Chimamanda Adichie, y de manera particular en las obras leídas y analizadas. En este sentido, nos quisimos centrar en los aspectos determinantes, a nuestro modo de ver, de las propuestas que las obras hacían y en el análisis que construimos, más allá de los aspectos teóricos, porque en últimas no se trataba de generar un espacio radial que diera cuenta de la metodología empleada y de los resultados obtenidos, sino de contar aquello que más nos había llamado la atención y emocionado de nuestro acercamiento a las autoras. Por eso, en octubre de 2019 se emitió el primer programa, dedicado a la novela *En diciembre llegaban las brisas*, de Marvel Moreno, y a su autora; a este le siguió, en septiembre del 2020, el programa en homenaje a Chimamanda Adichie y a su novela *Americanah*; y, posteriormente, emitimos el programa de bienvenida de la sexta temporada de *El Árbol Rojo*, en febrero de 2021,

1 El Árbol Rojo es un programa de radio con temas de literatura, que lleva al aire a escritoras(es), poetas, colectivos, editoras(es) y librerías(os). Se emite los martes a las 4 de la tarde, bajo la modalidad de temporada por cuatrimestre. Realizado por Natalia Montejo Vélez y María Alexandra Rincones Marchena. Este programa es parte de la franja Académica de UNIMINUTO Radio. <https://www.uniminutoradio.com.co/el-arbol-rojo/>

que constituyó un diálogo entre mujeres que desempeñan distintos roles en la Facultad de Ciencias de la Comunicación, de UNIMINUTO (Sede Principal), sobre su acercamiento a las autoras con base en algunas frases e ideas que compartimos.

Fue en julio de 2020, en el inicio de la pandemia por el virus Covid-19, que aprovechamos la oportunidad que se nos presentó con la Cátedra Abierta, del Programa de Comunicación Social-Periodismo, como una ocasión para generar diálogo, por medio de un taller de escritura en narrativa y poesía, con quienes se conectaron al espacio. En esta oportunidad, aunque no fueron Moreno y Adichie las únicas protagonistas del espacio, lo que hasta entonces habíamos construido en torno a sus obras, las reflexiones que ya nos estaban suscitando, dieron lugar a otras autoras, de quienes quisimos reconocer caminos y aportes. Así que, en este intercambio constante y entusiasta de ideas, fueron surgiendo otras maneras de contar los hallazgos que íbamos consolidando, para hacerlos aún más cercanos a otras personas, también interesadas en ellos. Por eso, en septiembre de 2020 aceptamos la invitación de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca a participar en el “V Encuentro del Texto y sus Lectores”, con una conferencia inaugural. En esta empezamos a perfilar dos aspectos importantes de nuestra propuesta: la oralidad y la escritura como gestos de resistencia en las obras seleccionadas. Como primer acercamiento a estas ideas, la experiencia con la Uicolmayor fue valiosa, no solo como oportunidad de organizar nuestras ideas más recientes para darlas a conocer a un público más variado, sino también como escenario para revisar y afinar en lo que íbamos avanzando.

Conscientes de que hay distintas formas de compartir todo lo que íbamos descubriendo y tejiendo en torno a las autoras que nos motivaron a hacer de un espacio de lectura una investigación, quisimos plasmar formalmente esos avances en un texto que inició como el proyecto de un artículo, producto del ejercicio juicioso de leer las obras y definir otras categorías de análisis. Estas surgieron de los aportes que a nuestra formación hicieron las lecturas teóricas que nos acompañaron, entre otras las ofrecidas por el curso de *Introducción a las Teorías Feministas*, de la Universidad Abierta de Chile, y de un proceso de recopilación de aquellos

aspectos teóricos y conceptuales sobre los que queríamos construir ese documento. De ese proyecto de artículo surgió este libro, puesto que la riqueza de la experiencia desbordó lo que en un principio se había considerado como un texto de menor extensión. Así mismo, somos conscientes de que la discusión y el análisis que presentamos y proponemos no se agota aquí, sino que este es el inicio para que otras personas también integren sus aportes al trabajo realizado.

Resumen:

“Gestos de lo femenino: diálogos comparativos entre *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas*” es un libro resultado de un proyecto de investigación enfocado en analizar las obras mencionadas, de las escritoras Chimamanda Ngozi Adichie y Marvel Moreno, respectivamente, centrado en las reflexiones sobre lo femenino en dichas novelas. Este libro está estructurado en cinco capítulos en los que se presenta el proceso de su escritura, el lugar de enunciación de Moreno y Adichie, así como el análisis que tuvo lugar en el desarrollo del texto. En este, se evidencian las apuestas por cómo a través de la oralidad y de la escritura se construyen gestos de resistencia, y cómo estos se tejen con las categorías que orientaron el trabajo que aquí se presenta y que encuentran su eje articulador en lo femenino: el cuerpo, el territorio y las identidades. El libro concluye con las invitaciones que suscitan las obras analizadas y la discusión a la que se suma el trabajo aquí presentado.

Palabras clave: Estudio sobre las mujeres, Escritura, Análisis literario, Relaciones culturales, Comunicación cultural

Abstract:

“Gestures of the feminine: comparative dialogues between *Americanah* and *In December the breezes arrived*” is a book resulting from a research project focused on analyzing the works mentioned, by the writers Chimamanda Ngozi Adichie and Marvel Moreno, focused on the reflections on the feminine in these novels. This book is structured in five chapters in which the process of his writing is presented, the place of enunciation of Moreno and Adichie, as well as the analysis that took place in the development of the text. In this, the bets are evidenced by how through orality and writing gestures of resistance are constructed, and how these are woven with the categories that guided the work presented here and that find their articulating axis in the feminine: body, territory and identities. The book concludes with the invitations that provoke the analyzed works and the discussion to which the work presented here is added.

Key words: Womens studies, Writing, Literary analysis, Cultural relations, Dissemination of culture

Cómo citar:

Montejo Vélez, N. y Rincones Marchena, M.A. (2023). *Gestos de lo femenino: diálogos comparativos entre Americanah y En diciembre llegaban las brisas*. UNIMINUTO.

DOI: <https://doi.org/10.26620/uniminuto/978-958-763-647-5>

Las autoras y sus entornos de escritura

Marvel Moreno: entre Barranquilla y París

 Marvel Luz Moreno Abello fue una escritora colombiana nacida el 23 de septiembre de 1939, en Barranquilla, y que falleció en París (Francia), el 5 de junio de 1995. Marvel Moreno es autora de las novelas *En diciembre llegaban las brisas*, publicada en 1987, y de *El tiempo de las Amazonas*, publicada póstumamente en marzo del año 2020. Así mismo, es autora de varios cuentos recopilados en *Algo tan feo en la vida de una señora bien*, de 1980; *El encuentro y otros relatos*, de 1992; y *Cuentos completos*, editados en 2005.

A sus 30 años, después de haber vivido en Barranquilla, haberse casado y tener dos hijas, Moreno decidió viajar a París y tomar distancia de la ciudad en la que se crio y en la que inició también su carrera literaria. París se convirtió en su residencia y el lugar desde el cual pudo observar, con una mirada más reflexiva y crítica, lo que sucedió en sus primeros años en su ciudad natal: cómo esas experiencias marcarían su escritura y lo que a través de ella lograría plasmar. Para la autora, separarse de Colombia no solo significó dejar atrás familia y círculos sociales, también representó la distancia de los círculos literarios que se gestaron en Barranquilla; era

fundamental en su proceso tomar distancia entre la tendencia del realismo mágico, con el cual no se sentía identificada, y aquellas temáticas que ella consideraba de mayor interés en su escritura:

Alejándose del ingenuo realismo o de las etiquetas limitantes y a la moda del realismo mágico o del real maravilloso, Marvel logra proponer formas expresivas inéditas, superando en el plano temático, lingüístico y formal el arrollador boom latinoamericano. [...] La autora impone la vertiginosa necesidad de afirmación de una realidad que va de la personal a la de Barranquilla, para alcanzar a largo plazo el universo narrativo de una entera comunidad humana. (Rodríguez, 1997, p. 169)

Sumada a la distancia asumida por Marvel Moreno de las etiquetas literarias de su época, previamente mencionadas, la autora, en esa necesidad de afirmación, centró su narrativa en la mujer, en lo femenino, y en la idea que se teje sobre este concepto. Son las mujeres y los espacios que habitan (sus ciudades, sus casas, el club que frecuentan) las protagonistas de sus dos novelas. Estos referentes en las obras de Moreno surgen, entre otras razones, de sus propias vivencias y del carácter reflexivo de su escritura en torno a ellas. No obstante, Moreno desmintió en reiteradas oportunidades que sus obras fueran autobiográficas. Según lo explica Mercedes Ortega, estudiosa de la autora barranquillera:

Como la producción de conocimiento (el arte y las ciencias) han correspondido al hombre, y la mujer, en cambio, se ocupa de lo cotidiano, necesariamente en un arte que se quiera “puro”, lo femenino estará vedado. Entonces, el gesto de la autora de escoger casi siempre a un narrador “en tercera persona”, aparentemente objetivo y sin género, puede también ser producto del temor a ser catalogada como “escritora menor” o simplemente como escritora (femenina) y no como escritor (supuestamente neutro). (Ortega, 2015, p. 148)

Sin duda, la relación de la escritora con la clase alta barranquillera, el conocimiento de sus rituales sociales y de los estereotipos existentes en las relaciones entre hombres y mujeres contribuyeron a que las historias contadas fueran un reflejo de esas situaciones. En general, en las obras

de Marvel Moreno surge el carácter de denuncia de su realidad y la de muchas otras mujeres en el contexto colombiano. En el caso particular de *En diciembre llegaban las brisas*, esta desarrolla la historia de tres mujeres jóvenes, de la élite de Barranquilla de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, que crecen en medio de una sociedad machista y patriarcal que les impone unas formas violentas y represivas sobre su construcción de lo femenino. Esta novela es una saga familiar que expone las relaciones entre los personajes femeninos y masculinos, así como la interacción mediada por la cultura entre estos sujetos, muestra de la sociedad barranquillera de la época narrada. Esta se caracteriza por el crecimiento de la clase burguesa a la que pertenecen la mayoría de los personajes de la obra y la misma autora. La literatura de Marvel Moreno en el entorno costeño, principalmente, se entiende como una voz que se alza, no en contra de su ciudad, sino a favor de transformaciones profundas en la concepción de los roles de género. Moreno es consciente de que el territorio desempeña un papel fundamental en la generación de estereotipos.

Quizá lo que para la autora barranquillera representaba una desventaja en el mundo literario, para la configuración de su imagen y la consolidación de su lugar en la literatura, resulta de gran valor para quienes nos acercamos a su novela y nos facilita la identificación con unas vivencias y figuras patriarcales que no nos resultan ajenas. Las historias de Moreno provocan la reflexión y nos abren a la posibilidad de leer nuestra realidad, no muy distante de las épocas retratadas en la obra que se menciona, y generar nuevos procesos de interpretación y reconfiguración de estas.

Chimamanda Adichie: entre Nigeria y Estados Unidos

Chimamanda N. Adichie nació en Nigeria en 1977. Creció en una familia de clase media, su madre tenía un puesto administrativo en la Universidad de Nigeria, mientras que su padre fue profesor de esa misma Universidad. La escritura de la autora nigeriana está permeada de elementos que nos retan a la reflexión del lugar que se habita y de las creencias impuestas sobre las(os) demás. Por ejemplo, en su charla *El peligro de la historia única* (2009), que la hizo mundialmente conocida, Adichie comparte algunas de las vivencias que marcaron su conciencia sobre la construcción que

hacemos de las otras(os) y que han configurado su lugar de enunciación. Precisamente, Adichie ha centrado sus publicaciones (novelas, cuentos y ensayos) en la raza, el feminismo, la migración, entre otros temas.

Adichie es heredera de una conciencia literaria que se ha venido desarrollando en Nigeria, en la que prima el interés por relatos poscoloniales que invitan a quien los lee a revisar el lugar de la literatura africana. Esta conciencia es el resultado del interés por construir un relato propio que no esté marcado por la hegemonía occidental ni por la mirada que del exterior se hace sobre Nigeria y, mucho más, sobre África. Como lo menciona Jack Taylor en su artículo *Language, Race, and Identity in Adichie's Americanah and Bulawayo's We Need New Names*, la reflexión que da lugar a los cambios en la literatura no es un proceso independiente de las situaciones que rodean a los sujetos que los gestan, por el contrario, está ligado a los cambios que ocurren en el entorno:

Following this model of literary change, what becomes evident is that contemporary African migration novels signify on antecedent texts; Beti, Emecheta, and Bâ laid the groundwork and planted the seeds for the literary fruit that Chimamanda Ngozi Adichie, NoViolet Bulawayo, Chis Abani, Okey Ndibe, Teju Cole, Nandi Odhiambo, and many more contemporary African writers harvest. What also becomes evident is a deep connection to the social and political conditions that produced the possibility for this change. (Taylor, 2019, p. 69)²

Precisamente, la influencia de escritores como Chinua Achebe, quizás el narrador más reconocido de Nigeria, y de mujeres escritoras que se atrevieron a desafiar la narrativa patriarcal de los últimos años, como Flora Nwapa (autora de *Efuru*, primera novela africana en ser publicada en inglés, en 1966), la ghanesa Ama Ata Aidoo y la senegalesa Mariama Bâ, mencionadas por Aghogho Akpome, en el artículo *Cultural criticism and*

2 Traducción libre: Siguiendo este modelo de cambio literario, lo que se hace evidente es que las novelas migratorias africanas contemporáneas aportan un significado a los textos anteriores; Beti, Emecheta y Bâ sentaron las bases y plantaron las semillas del fruto literario que Chimamanda Ngozi Adichie, NoViolet Bulawayo, Chis Abani, Okey Ndibe, Teju Cole, Nandi Odhiambo y muchos más escritores africanos contemporáneos cosechan. Lo que también se hace evidente es una conexión profunda con las condiciones sociales y políticas que produjeron la posibilidad de este cambio.

feminist literary activism in the works of Chimamanda Ngozi Adichie (2017), fue fundamental para abrirle camino a la obra de Adichie y de tantas otras escritoras africanas, quienes se suman a la escritura desde una mirada decolonial y feminista a sus obras.

En este contexto, apto para nuevas narrativas, surgió *Americanah*, que narra, principalmente, la historia de Ifemelu, una joven nigeriana que decide irse a vivir a Estados Unidos después de ganar una beca universitaria. La novela involucra a otros personajes como la familia de Ifemelu, Obinze (quien fuera su novio de la adolescencia y quien también vive una experiencia de migración a Inglaterra), amigas de Nigeria y conocidos de Estados Unidos. La novela de Adichie integra diversos temas como la cuestión del género (la percepción de lo femenino y, con ello, el cabello afro y las normativas de belleza occidental), la raza, la migración, la identidad, entre otros.

La trama de esta novela se mezcla con la propia historia de Adichie, quien también dejó su natal Nigeria para llevar a cabo sus estudios de Comunicación y Ciencias Políticas, en la Universidad Drexel, en Philadelphia (Estados Unidos), antes de sus veinte años. La posibilidad de salir de su país de origen y reflexionar sobre sus vivencias nutrió el proceso de escritura de la autora y permeó sus historias, con un sentido de responsabilidad sobre la mirada que se construye acerca de Nigeria. Así mismo, esta vivencia personal continúa dotando de sentido la experiencia de la migración que muchos de los personajes de Adichie atraviesan en sus obras. Emmanuel Ngwira lo expresa de la siguiente manera:

I argue that through women's stories, Wicomb and Adichie reconfigure the transnational space by offering alternative readings of migrant experiences (to Bhabha's) that trouble not just the dominant story of migration (which is largely masculine and, as can be read in Bhabha's words above, elitist) but also histories and cultures in transnational spaces. (Ngwira, 2017, p. 286-287)³

3 Traducción libre: Sostengo que, a través de las historias de mujeres, Wicomb y Adichie reconfiguran el espacio transnacional al ofrecer lecturas alternativas de las experiencias de los migrantes (a las de Bhabha) que no solo afectan la historia dominante de la migración (que es en gran parte masculina y, como se puede leer arriba en las palabras de Bhabha, elitista) sino también historias y culturas en espacios transnacionales.

Como lo recoge en su cita Ngwira, lo construido por Adichie en *Americanah* no pasa únicamente por la migración como centro, sino por la experiencia de una mujer quien está en el centro de esta situación y es desde la perspectiva femenina que se le da voz a quienes tradicionalmente se han silenciado. Por lo tanto, podríamos decir que Adichie es fiel a la propuesta literaria que hacen otras escritoras africanas jóvenes, llamadas de tercera generación, por Meredith Armstrong Coffey (2016), en su artículo *Narrow Nationalisms and Third Generation Nigerian Fiction*, que centran sus historias en las vidas de mujeres (principalmente), que regresan a su país de origen después de vivir varios años fuera de este. Con ello se ubican en un lugar de enunciación en el que se reconoce el afropolitanismo, término acuñado por la escritora británica, de origen nigeriano y ghanés, Taiye Selasi, y que se traduce en sentir que no se es de un lado ni del otro, y que, por el contrario, la identidad (o identidades) que se forman son el resultado de vivencias que no necesariamente corresponden a un territorio único y específico:

Afropolitanism thus: They (read: we) are Afropolitans... Most of us are multilingual: in addition to English and a Romance or two, we understand some indigenous tongue and speak a few urban vernaculars. There is at least one place on The African Continent to which we tie our sense of self... Then there's the G8 city or two (or three) that we know like the backs of our hands... We are Afropolitans: not citizens, but Africans of the world. (Selasi, citada en Taylor, 2019, p. 70)⁴

Esta apuesta de la escritura de Adichie, que puede recogerse en el término mencionado, se suma a otras escritoras, busca desenfocar la atención de narraciones sobre África, y sus países específicos, desde la construcción masculina y colonial, para pasar a una narrativa que integra no solo lo decolonial, contado tradicionalmente por hombres, sino lo femenino y las experiencias y las visiones que enriquecen estas historias.

4 Traducción libre: El afropolitanismo es así: Ellos (léase: nosotros) somos afropolitanos... La mayoría de nosotros somos multilingües: además del inglés y una lengua romance o dos, entendemos alguna lengua indígena y hablamos algunas lenguas vernáculas urbanas. Hay al menos un lugar en el continente africano al que vinculamos nuestro sentido del "yo"... También hay alguna ciudad de los países del G8, o dos (o tres), que conocemos como la palma de nuestras manos... Somos afropolitanos: no ciudadanos, sino africanos del mundo.

Una apuesta por la oralidad y la escritura

El gesto de la oralidad y su simbología: resistencia y resignificación

En el acto mismo de hablar, de nombrar, hay posibilidades de resignificación y de resistencia. Cuando hablamos, sentamos nuestra posición sobre aquello que expresamos, pero también sobre lo que decidimos callar. Como lo menciona Flusser (1994), el gesto de hablar trasciende los aspectos biológicos involucrados en la posibilidad de pronunciar sonidos que se transforman en palabras, en ideas, en afirmaciones, negaciones o cuestionamientos. En este proceso de transformación se involucra nuestro cuerpo, pero también nuestra mente, nuestras decisiones, nuestro criterio, por eso hablar no solo incluye los órganos que Flusser denomina lingüísticos y que, en términos concretos, componen nuestro aparato fonador, sino que hay unas intenciones y unos propósitos comunicativos que se quieren alcanzar con esta enunciación.

En esta misma línea, Valeria Flores plantea que las palabras son capaces de enmarcar nuestras creencias y, al mismo tiempo, capaces de darles una vuelta y así llevar a cabo procesos y modificaciones. Las palabras que se mencionan quedan expuestas para ser arrebatadas, para ser cambiadas:

Las palabras son archivos políticos de normas y resistencias, que albergan cuerpos y deseos, identidades y prácticas, o más aún, que los expulsan, destierran o aniquilan. De modo que las palabras operan como catálogos de posibilidades de existencia, como nos recuerda Donna Haraway. En la disputa por las palabras resuena un conflicto sexual, racial, de género, corporal, y también de clase. Desconfiscar la palabra como artefacto de la burguesía blanca o de la academia heterosexual es atentar contra la desigualdad institucionalizada y socavar su poder de nombrar y silenciar. (Flores, 2018, p. 52)

En el análisis de las novelas seleccionadas, la oralidad, la palabra que se hace sonido, que nace como una idea y se transforma en otra en quien la escucha, la recibe, la integra, tiene la capacidad no solo de enunciar, sino de modificar el entorno en el que se expresa. Si bien es cierto que las palabras por sí solas no generan cambios trascendentales, es el acto de verbalizar lo que en muchas ocasiones permite la reflexión que lleva a las transformaciones necesarias. En *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas*, las autoras, por medio de las narraciones de las distintas historias, dan lugar a las palabras de las protagonistas, a las posibilidades que tejen con las ideas que expresan, y les confieren a las conversaciones entre mujeres lugares privilegiados en los que es posible que los pensamientos se reflejen en quienes son compartidos, para volver a quien los comparte.

Así, por ejemplo, en la novela de Moreno, Lina es capaz de retomar de las experiencias de Dora, Catalina y Beatriz aquello que ellas le cuentan, de lo que ella es una testigo indirecta, y devolver a sus amigas sus reflexiones, lo que les da la oportunidad de verse a través de los ojos conscientes de Lina, a quien le interesa generar una historia distinta. Es también en la conversación con su abuela y con sus tías (Irene y Eloísa) que Lina es capaz de ingresar a un mundo completamente distinto del que vive. Las ideas y preguntas de las mujeres mayores que la rodean le dan la posibilidad de cuestionarse sobre aspectos de su cotidianidad, en la que a las mujeres no se les da cabida más allá de lo que se considera que por su propia condición pueden ser. Es con las opciones que la palabra ofrece como Lina puede tomar un rumbo distinto al de sus amigas. Precisamente

en estas conversaciones Lina también entiende que la palabra que está dada para cambiar, puede destruir, restringir, dominar y por eso es necesario resignificarla:

Los hombres habían inventado una organización aberrante cuyo principio y finalidad eran la dominación de la mujer: que esta fuese cómplice inocente o culpable su condición de víctima la lavaba de cualquier responsabilidad porque si su inteligencia no sucumbía a los prejuicios y su coraje resistía a las presiones del medio, toda su energía iría a consumirse en liberarse a sí misma a través de un aprendizaje lento, difícil, surcado de penas, empobrecido por la soledad, que culminaba imponiéndole al mundo su dignidad de persona y comenzaba robándole al hombre la palabra, la que él había utilizado diestramente para someterla a su capricho. (Moreno, 2014, p. 206)

Estas palabras de tía Eloísa nos permiten entender que aquello que es instrumento para el sometimiento, también puede servir a la causa de la liberación de aquellas que se han mantenido en el silencio opresor. En la novela de Moreno, el gesto oral no solo se queda en el balbuceo, sino que se transforma en reflexión y, por lo tanto, la autora incluye los conocimientos de psicoanálisis para sustentar la importancia de esa reflexión dada desde el diálogo entre mujeres. Por consiguiente, en el fluir de la consciencia de lo oral, en la palabra articulada en su cadena de fonemas, se empieza a vislumbrar todo aquello que cargan las mujeres dentro de sí mismas, sus miedos, sus complejos, las normas que les han sido impuestas, etc. En esa exposición íntima, se comienza a pasar por el filtro de la razón en la que se pueden tomar decisiones y modificar sus comportamientos.

Marvel Moreno cuenta con agrado esta anécdota familiar en la que nos recuerda la importancia de la reflexión en su obra:

en todo caso, en mi casa todos los días había muchas mujeres presididas por mi abuela, en visita. Ella me permitía estar presente, solo escuchando, porque me prohibió hacer cualquier pregunta, ni antes, ni durante ni después de la conversación. Yo oía contar historias que eran, a veces, tremebundas. Yo no entendía casi nada, pero lo que la abuela buscaba era obligarme a reflexionar. (Nadhezda, 1988, p. 46)

Moreno sintetiza en esta anécdota lo esencial que subyace en la novela. Ahora bien, enfatizamos en que no es solo la reflexión per se la que hace el cambio, es la reflexión dada en el diálogo la que pone en movimiento las actitudes que chocarán con las estructuras sociales de esa Barranquilla que representa la novela, convirtiendo su actuar en gestos cotidianos de resistencia. Lo que Lina y otros personajes comprenden es que en la palabra está la opción de revertir el daño y construir nuevos sentidos, pues la expresión verbal atraviesa distintas posibilidades, por eso, como lo afirma Suárez (2006), es necesario “excavar” en nuestras manifestaciones, en nuestro lenguaje, como una manera de entender de qué dan cuenta nuestras expresiones. Sin ese carácter de introspección, seguramente lo mencionado seguirá haciendo parte de una cadena de enunciaciones, sin lograr trascender.

En *Americanah*, por ejemplo, Ifemelu es consciente de que, en las conversaciones con sus amigas, principalmente, salen a relucir aquellas preocupaciones e intereses que la sociedad ha impuesto como parte de la “naturaleza femenina”. Por eso, lo que encuentra en Nigeria de manera particular cuando regresa es que sus amigas, más que conversar de experiencias vitales de su pasado y su presente, de incluso compartir sueños y proyecciones, están interesadas en conseguir un marido que les dé buena vida, y que les permita entrar a un nuevo orden social en el que puedan ser respetadas, así que sus conversaciones giran en torno a este deseo incesante:

En sus encuentros con viejas amigas, la sorprendió lo deprisa que sacaban a relucir el tema del matrimonio. Las solteras con tono resentido, las casadas con cierta suficiencia. Ifemelu quería hablar del pasado, de los profesores de quienes se burlaban y los chicos que antes les gustaban, pero el matrimonio era siempre el tema predilecto. (Adichie, 2014, p. 505)

En esta conversación constante sobre el valor del matrimonio, también surge el valor de una mujer que es capaz de atraer a los hombres, es decir, aquella que es capaz de mantenerse callada y sumisa. Por esa razón,

cuando Ifemelu decide alzar su voz, contar lo que piensa, denunciar aquello con lo que no está de acuerdo, la respuesta causa asombro. Después de un altercado con su jefe en la revista, cansada de la situación que se presenta en ese lugar, se encuentra a su salida con una de las mujeres que trabaja en el mantenimiento: “Cuando salía, Esther dijo, en voz baja y muy seria: ¿Señora? Creo que el suyo es el espíritu de la repelemaridos. Es usted demasiado severa, señora. No encontrará marido. Pero mi pastor puede destruir ese espíritu ” (Adichie, 2014, p. 532). Así que el mensaje es que enunciar con lo que no se está de acuerdo es causa de entender que una mujer se sale de su rol y se aleja de su objetivo. Pero en estas palabras, en estas nuevas manifestaciones, Ifemelu encuentra su lugar, su voz, su forma de pertenecer porque es capaz de salir del escenario que se ha planteado para ella, como mujer. En su opción de decir lo que la incomoda, así esto lleve a otros conflictos, y de darse la oportunidad de encontrar su propio camino, es que Ifemelu reivindica su lugar, y su gesto de hablar supera el parloteo al que hace referencia Flusser, para darle cabida a unas palabras que destruyen, de a poco, la jaula construida.

En este sentido, la posibilidad de resignificar las palabras dichas y con las cuales se ha querido construir una realidad hace parte del universo de las novelas analizadas. Como lo menciona tía Eloísa, destruir las cadenas que se cierran sobre cada una es responsabilidad personal. Es en la opción de hablar, de alzar la voz, que está la posibilidad de denuncia, pero, sobre todo, de construir otras realidades que superen las que otros han impuesto.

El gesto de la escritura y su simbología: resistencia y resignificación

A partir de las diferencias con la oralidad, el gesto de la escritura permite otros medios y posibilidades para resistir. Mientras la oralidad es móvil y cotidiana, la escritura es fija y posibilita la abstracción. Parafraseando a Walter Ong, la escritura reconfigura la conciencia en el acto organizativo de las ideas que exige la tecnología de la escritura (1994). De este modo, el acto

de escribir se vuelve un gesto potente para transformar las formas en las que socialmente se concibe lo femenino, puesto que escribir implica concretar la reflexión, asumir un acto de comunicación con otras(os), pensar en lo que implica la expresión de las ideas y comprender la posibilidad de que esas palabras escritas trasciendan la distancia y el tiempo. Al entender que la escritura no son solo palabras puestas en un papel, sino todo el movimiento que acompaña la intención de fijar esas ideas transformadoras para las generaciones que vienen, escribir se convierte en una oportunidad de resistir y proponer cambios sociales y culturales. En este punto, revisamos la definición que hace Flusser (1994) sobre el gesto de la escritura:

Escribir no significa aplicar un material sobre una superficie, sino rasgar, arañar una superficie; y así lo indica el verbo griego *graphein*. [...] Se trataba, por tanto, de hacer unas incisiones, de penetrar la superficie; y de eso es de lo que se trata todavía. Escribir continúa significando hacer [in-scripciones]. No se trata, por tanto, de un gesto constructivo, sino de un gesto irruptor y penetrante. (1994, p. 31)

Desde esta definición se comprende este gesto. La escritura deja de ser un simple acto de recoger pensamientos, sino que hay en sí misma la idea de rasgar, de generar una huella, de fijarla. Por lo tanto, es un gesto que deviene ruptura. La escritura viene a romper, a destrozarse, también lo que cómodamente se ha movilizadopor años en los imaginarios sociales y culturales en sociedades machistas y patriarcales.

Para comprender este gesto en las autoras seleccionadas, hay que verlas desde tres dimensiones. La primera, que ya se había señalado con anterioridad, es el rol que cumplen como escritoras en el mundo literario, enfrentándose a todas las condiciones sociales y culturales marcadas por el patriarcado y el machismo. Así, en el caso de Marvel Moreno es más emblemático por escribir en la época en la que escribió y ser testigo de esas prácticas sociales. Recordemos que ella fue coronada en el Carnaval de Barranquilla y participó de todas las demandas sociales que le exigían por pertenecer a la clase alta de su ciudad. En cuanto a Chimamanda Adichie, el gesto se da desde su postura social y política, asumirse como feminista y hacer un texto titulado *Todos deberíamos ser feministas*. La segunda se

presenta desde la propuesta estética, esa forma en la que configuran su escritura. En esta dimensión, tanto Chimamanda como Marvel, se han visto abocadas a la reflexión de su propia escritura. Por eso el juego meta-lingüístico que se presenta en las novelas. En el caso de Chimamanda con la construcción de un blog en la que ella puede asumir una voz crítica sobre lo que significa vivir en Estados Unidos, siendo mujer negra, extran-jera, es decir africana. Asume su propia voz y la fija en la escritura.

No era propio de ella hablar con desconocidos en el transporte público —lo haría con mayor frecuencia cuando crease su blog unos años más tarde—, pero ese día habló y habló, quizá por la novedad de su propia voz. Cuánto más hablaban, más se decía que aquello no era una coincidencia; existía una significación en las circunstancias de haber conocido a ese hombre el día en que decidió devolverse la voz. (Adichie, 2014, p. 235)

En este blog, Ifemelu se abstrae y fija con firmeza las reflexiones que quiere que trasciendan a los públicos y al tiempo. En el caso de Marvel Moreno, su personaje testigo y que desde nuestra lectura consideramos como alter ego de la autora⁵, se convierte en escritora para testimoniar la experiencia de las mujeres que la rodean. En la siguiente cita se comprende lo que significa el gesto de la escritura:

A París llegarían con el tiempo los hijos de esos marimberos, ricos, jóvenes, hermosos, hablando un inglés purificado en Harvard [...] Los acompañaban las nuevas muchachas de Barranquilla, ya liberadas y un poco indulgentes al dirigirse a mí porque sabían vagamente que alguna vez escribí un libro denunciando la opresión que sufrían sus madres. Ellas ignoraban la sumisión: no se maquillaban y en sus polveras había casi siempre unos gramos de cocaína y hacían el amor con desenvoltura para tormento de sus amantes que se sentían como cerezas tomadas con distracción de un plato. (Moreno, 2014, p. 445)

5 A pesar de que Marvel Moreno negó en vida que su novela fuera autobiográfica, en este libro podemos rastrear referencias y rasgos característicos de su contexto y vida, que nos permiten asociar interpretativamente la figura de Lina con lo que representa la autora barranquillera.

Con esta cita podemos vislumbrar rasgos de la intencionalidad de haber escrito la novela *En diciembre llegaban las brisas*, del papel de Lina como testigo y denunciante, y de la transformación de la conciencia de las generaciones posteriores sobre una época castrante, definida por el machismo que las antecedía y que ahora pueden pensarse de manera diferente. Además, en este caso, la decisión de escoger los elementos narrativos que conforman la novela visibiliza las tensiones con las que tuvo que lidiar la autora para mantenerse en pie en un mundo literario manejado por hombres, pero que la obra no fuera complaciente, sino todo lo contrario, que fuera un acto de rebeldía y de lucha frente a ese sistema, como realmente lo es. Para eso, retomando el trabajo de Mercedes Ortega (2015), Moreno selecciona un narrador omnisciente, manteniendo la idea de que un narrador en primera persona bajaría su calidad, porque se ubicaría en el ámbito de lo íntimo y lo doméstico. No obstante, esa selección del narrador termina siendo una máscara para posicionar su obra en otro estadio fuera del antes mencionado, sin olvidar su intención transgresora. Para este último fin, usa la focalización en las voces femeninas de sus personajes, permitiendo darle voz a lo femenino por encima de lo masculino. Acto que demuestra cómo esta escritura ya es resistencia.

La tercera y última dimensión es el poder de la escritura para conservar la memoria por encima de los contextos espacio-temporales. Eso hace que se amplifique la voz y resuene la denuncia en muchas partes del mundo.

Y narrar es la tentativa última de recrear —con la palabra—, de cosechar —con las imágenes— y de conservar —con la memoria, con la pena y el dolor— también algo diferente, en un panorama aparentemente inmóvil, empobrecedor, descarnificado, pero convertido de hecho en algo dinámico y en perpetua transformación, al menos por el ciclo natural nacimiento —vida— muerte, que elimina personajes y panoramas para sustituirlos con otros. (Antonaros, 1997, p. 209)

La escritura es, entonces, mensajera de pequeñas y grandes revoluciones simbólicas de diferentes momentos y experiencias históricas que han permitido movilizaciones en el pensamiento y transformaciones de la conciencia, sobre todo en lo femenino y su relación con el territorio y

las identidades, en el caso particular de esta investigación que surge, precisamente, por la lectura diletante de estas dos obras literarias. Además, este gesto de la escritura se mueve en un círculo simbólico casi perfecto, porque no solo nos dejó a las(os) lectoras(es) historias y reflexiones sobre lo femenino, sino que, además, nos invitó a mantener el gesto de la escritura en la redacción de este libro.

Lo femenino: imaginarios y resistencias

En este capítulo damos paso a la discusión que se teje desde la difícil definición del término femenino, en relación con las otras categorías de este análisis. Determinar lo femenino supone una complejidad por los diferentes debates que los estudios feministas han puesto sobre la mesa, porque dar una definición reduciría el problema que carga este concepto y se mantendría una falsa oposición entre lo masculino y lo femenino.

Así mismo, el estudio de lo femenino en este libro se presenta en línea con el concepto de interseccionalidad, precisamente porque consideramos que los distintos elementos de análisis que proponemos no se limitan a una categoría o aspecto en particular, en este caso, ser mujer, sino que se ven marcados por otros componentes de sus realidades: ser negra, ser migrante, pertenecer a una clase social.

La interseccionalidad, o los estudios interseccionales, funcionan como un delimitante de otros estudios en el campo de las teorías feministas. El concepto fue acuñado por la académica estadounidense Kimberlé Crenshaw y aparece explicado en su artículo *Cartografiando los márgenes. Interseccionalidad, políticas identitarias, y violencia contra las mujeres de color*

(2012), en el que relaciona las distintas aristas de las situaciones de violencia a las que se enfrentan mujeres con cuerpos racializados. Así, la apuesta de Crenshaw enfatiza en

cómo la interseccionalidad es parte fundamental de las experiencias de muchas mujeres de color. Los aspectos económicos —acceso al empleo, vivienda y riqueza— confirman que las estructuras de clase juegan un papel importante a la hora de definir las vivencias de las mujeres de color en situaciones de maltrato. Pero sería un error llegar a la conclusión de que es simplemente una cuestión ligada a la pobreza. En realidad, las experiencias de las mujeres de color evidencian cómo intersecan las diferentes estructuras, donde la dimensión de clase no es independiente de la de raza o género. (Crenshaw, 2012, p. 91)

El problema de lo femenino requiere ser pensado en términos relacionales y nuestra propuesta de análisis es realizar esas intersecciones en relación con lo que implica el territorio, el cuerpo y la construcción de identidades.

El error conceptual que se ha mantenido por mucho tiempo ha sido considerar la relación entre lo femenino y lo masculino como opuesta, y asumir una de las partes como elemento definitorio de un tipo de sujeto, así lo masculino sería exclusivo de los hombres y lo femenino, de las mujeres. Esta polaridad se mantiene en algunos contextos, pero afortunadamente cada vez es mayor la conciencia de romper o transformar este paradigma. De hecho, se han presentado posturas en las que esta relación binaria no corresponde a la identificación de varias personas, puesto que no se sienten representadas por uno u otro concepto. Además, desde la psicología de Carl Jung (1875-1961) se muestra el interés por integrar los opuestos en un mismo ser humano:

La pregunta fundamental que se plantea la psicología junguiana no es acerca de los elementos que nos llevan a pensar, sentir y actuar en “femenino” o “masculino”, sino sobre los procesos que, a partir de la integración de elementos psíquicos tanto “femeninos” como “masculinos”, nos hacen plenamente humanos. (Sáenz, 1995, p. 101)

En otras palabras, desde esta perspectiva, cada persona, sin importar el género, construiría psíquicamente una identidad correlacionada con elementos “masculinos” y “femeninos”. ¿Pero qué o quién establece, entonces, las características que componen lo femenino? Estas son determinadas por acuerdos arbitrarios de la sociedad que crean imaginarios de lo que significa este término, puesto que del mismo concepto, como se entiende en este momento histórico, no hay una condición esencialista de lo que debe ser. Así las cosas, en este apartado revisaremos estos imaginarios en concordancia con las resignificaciones del término que presentan las novelas seleccionadas.

Ahora bien, este sentido arbitrario enfatiza la relación opresiva que desde el inicio hemos presentado, siguiendo a Simone De Beauvoir (1949), que existe en la representación de lo que significa ser mujer, y que han establecido a lo largo de la historia sociedades patriarcales. En esta se mantiene una relación de dominación y de subordinación entre los hombres y las mujeres, en las que las características atribuidas a lo masculino están por encima en la escala de valoración de una sociedad. Por tanto, sociedades como la barranquillera de *En diciembre llegaban las brisas* presentan un código de lo que debe ser una mujer y, sobre todo, una mujer de “bien”. Esa “feminidad” que exploran los personajes en la novela será determinante para comprender el porqué, el para qué y el cómo de sus comportamientos y de las resistencias que generan frente a este ordenamiento social.

Para el anterior fin, partiremos de la concepción social que ha diferenciado lo natural de lo cultural. Esta relación opuesta ubica lo femenino en el ámbito de la naturaleza y lo masculino en el ámbito de la cultura, los valores y la sociedad. Se ha desvalorizado, desde un sistema de comprensión que deviene desde antes de la misma Ilustración, lo natural y se ubica a la cultura por encima en la escala de valores. Así las cosas, se asocia tradicionalmente a la mujer con lo natural, como si la maternidad no fuera también un constructo social, y se relaciona, en cambio, al hombre como el sujeto que construye cultura y que genera procesos de desarrollo. En palabras de Coral Herrera:

Las mujeres son asociadas simbólicamente con la naturaleza mientras que los hombres lo son con la cultura; esto implica que, según Ortner, dado que la cultura patriarcal controla y trasciende la naturaleza, fabrica con facilidad la idea de que es natural que la mujer, en virtud de su asociación con la naturaleza, deba también ser controlada y constreñida. (Herrera, 2010, p. 46)

Esta idea parece impuesta desde la sociedad por una confusión con el sexo con el que nacemos. Se ha asumido que el sexo biológico determina nuestra identidad de género, pero, como ya se ha demostrado, no es así. Nuestra identidad sexual, los factores biológicos, no necesariamente se relacionan con nuestro género, que surge, como concepto, desde las convenciones culturales. En esta línea, Teresa de Lauretis trae a colación:

La importancia de la labor de Laplanche para la teoría queer es que articula las relaciones entre sexualidad y género como resultado de la interacción de tres factores: el género, el sexo (anatómico-fisiológico) y lo propiamente sexual [...] Laplanche está de acuerdo con los investigadores que dicen que la identidad de género es anterior a la identidad sexual, pero no está de acuerdo con su conclusión de que el género organiza la sexualidad*. Laplanche sostiene que, al contrario, mientras que el género se adquiere muy pronto, sus significados sólo le quedan claros al niño o a la niña con la percepción del sexo, es decir, con la diferencia sexual anatómica. (de Lauretis, 2014, p. 113)

Estas consideraciones nos llevan a establecer que, aunque la relación sexo-género no se determina por la anatomía, culturalmente sí se identifica como establecida por factores biológicos y contrarios. De esta forma, lo que muchas personas comprenden como “femenino” parte de la idea de considerar que hay actuaciones propias de mujeres y actuaciones propias de hombres. Es más, que lo que se espera de cada una de nosotras y de nosotros en una sociedad está directamente relacionado con el sexo. No obstante, la construcción del género vincula factores culturales que se asignan prácticamente desde el descubrimiento del sexo de un embrión y se refuerzan conforme se crece y se establece la persona en una sociedad.

Nuevamente, desde lo propuesto por Laplanche y que de Lauretis menciona: construimos las identidades de género desde la falsa creencia de una oposición natural.

Esta falsa relación sustenta los imaginarios que plantea críticamente la novela de Marvel Moreno, al señalar códigos sociales de la Barranquilla del momento como, por ejemplo, mantener la virginidad de las señoritas de “bien” para un matrimonio arreglado; la formación escolar de Catalina, Lina y Dora, prestada por un colegio dirigido por monjas; la represión del placer femenino; modos de comportamiento en el Country Club; el abo-lengo, etc. Por lo tanto, la forma en que se ha establecido la relación entre lo femenino y la naturaleza ha generado mecanismos de opresión sobre las mujeres y ha validado el control de lo masculino sobre lo femenino. En *Americanah*, aunque represente un contexto contemporáneo diferente a la novela de Moreno que muestra ciertas ganancias en los derechos y en la equidad de género, se puede observar cómo esta asociación entre lo natural y lo femenino, y lo cultural y lo masculino, permea algunos comportamientos machistas de la sociedad nigeriana: el caso de la tía Uju y de algunas de las amigas de Ifemelu que solo piensan en el matrimonio como forma de vida, los estereotipos de belleza de un cuerpo y rostro femeninos, cierto esnobismo norteamericano que jerarquiza las experiencias de vida de las mujeres, etc. En este punto seguimos las palabras de Flora Tristán:

Creyendo que la mujer, por su organización, carecía de fuerza, inteligencia, capacidad y era inepta para trabajos serios y útiles, se llegó muy lógicamente a la conclusión que era una pérdida de tiempo darle una educación racional, sólida, rigurosa, capaz de convertirla en un miembro útil de la sociedad. Así se la ha educado para ser una dulce muñequita y una esclava destinada a entretener y servir a su amo. (Tristán, 1844, p. 3)

Esta relación polarizada ha permeado las diferentes prácticas sociales y ha creado mecanismos para mantener el mismo orden social. Ciertas teorías de la ciencia, a lo largo de la historia, que han pretendido reducir la comprensión del ser humano desde lo anatómico, sobre todo por las

diferencias corporales que existen entre hombres y mujeres, son causantes, también, de fomentar las asignaciones arbitrarias de lo que significa lo femenino. Como lo dice Alicia Miyares (2005):

El siglo XIX traduce por Naturaleza lo biológico, lo formado por pares de opuestos que, en la mayoría de los casos toma el referente sexual: fuerza-debilidad o varón-mujer, acción-pasividad o varón-mujer, inteligencia-imitación o varón-mujer, razón-irracional o varón-mujer, dominio-sumisión o varón-mujer, Estado-familia o varón-mujer, y podríamos seguir hasta el desmayo. (p. 248)

Unas formas clásicas del discurso biológico también han sido usadas en la configuración de una idea hegemónica de oposición jerárquica entre lo masculino y lo femenino. Estas no pueden asumirse como evidencia de la relación entre mujer y mundo natural, menos de su desvalorización en la escala social, puesto que estas formas opuestas de comprensión son reduccionistas y están basadas en una teoría de la evolución biológica que esconde la complejidad de la red de sentidos que se establece en una sociedad.

De esta oposición (naturaleza-cultura) surge otra, que es lo público versus lo privado. Esta relación se sustenta en la siguiente deducción: si la cultura domina la naturaleza y lo masculino es referenciado a la cultura en el ámbito de lo público; por tanto, lo masculino asumirá el derecho de dominar a lo femenino en el ámbito de lo privado. Así, de la atribución de este supuesto derecho de dominación parte la ubicación de la mujer en el ámbito privado y al hombre en el público. Todas las ideas que devienen de esta oposición hacen que el ámbito de lo privado sea desvalorizado y se le despoje de un carácter social y político importante para una sociedad. Como lo señala Rita Segato (2011):

La despolitización del espacio doméstico lo vuelve entonces vulnerable y frágil, y son innumerables los testimonios de los grados y formas crueles de victimización que ocurren cuando desaparece el amparo de la mirada de la comunidad sobre el mundo familiar. Se desmorona entonces la autoridad, el valor y el prestigio de las mujeres y de su esfera de acción. (p. 24)

Así, entonces, lo privado se establece como el espacio oculto en el que los hombres pueden someter o castigar a las mujeres de acuerdo con el supuesto derecho de dominación atribuido en la sociedad. Históricamente, esto ha producido varias consecuencias perjudiciales para las mujeres; sin embargo, queremos resaltar tres que están estructuralmente visibles en las novelas seleccionadas en esta investigación:

1. **La reducción de la supervivencia de la mujer a la voluntad del hombre:** puesto que al ubicar el rol tradicional de la mujer al servicio doméstico y negarle los rangos de acción en lo público se le ha condenado a la mujer a sobrevivir de acuerdo con la determinación del hombre. Esta idea la podemos ver representada, por ejemplo, en la obra de Adichie, en el caso de la tía Uju, de Ifemelu, mantenida por el General; una mujer construida para el beneficio de este hombre a cambio de su sustento. Cuando matan al General, ella debe salir del país y asumir todas las dificultades económicas de ser madre soltera, no haber terminado la carrera y estar en un país extranjero. También lo podemos observar en la obra de Moreno en la que tanto Dora como Catalina están siendo formadas para el matrimonio como único camino posible para la mujer en esa sociedad.
2. **El señalamiento de las mujeres como entes exclusivamente emocionales:** en este punto, el imaginario tradicional ha segmentado y diferenciado las emociones de la razón, distinguiendo y banalizando el mundo emocional y ubicándolo como asociado a lo femenino exclusivamente. Esto hace que a las mujeres se les desprevea de razón⁶ (hasta de cordura), no se les tome en serio cuando hablan y se reduzca su forma de expresión al drama o al silencio. Esto lo podemos observar en la novela *En diciembre llegaban las brisas* con el caso de Dora, quien, después de su matrimonio y de ser violentada en su casa por su marido, decide asumir una posición sumisa y silenciosa hasta que es señalada de

6 En este sentido, también, a los hombres se les ha castrado históricamente la relación necesaria con sus propias emociones.

loca cuando se desborda emocionalmente al percibir que le van a arrebatarse a sus hijos. En *Americanah* se percibe en la denotación que hace Ifemelu sobre la expresión de los sentimientos y cómo son los hombres los más “románticos” o “cursis” en comparación de lo que es ella. Esto convierte lo que se supone atribuido exclusivamente para las mujeres con respecto a las emociones en evidencia de que no es una cuestión de género. “«Esto es muy cursi, pero estoy muy lleno de ti, es como si te respirara, ¿entiendes?», había dicho, y ella pensó que los escritores de novela rosa se equivocaban y eran los hombres los auténticos románticos, no las mujeres” (Adichie, 2014, p.253).

3. **La cosificación del cuerpo femenino para beneficio del placer del hombre:** esto produce, además, la represión del placer y la sexualidad femenina. Se puede observar en la novela de la autora colombiana en el caso de Beatriz, quien asumió radicalmente las represiones como una forma de vida moral, un intento por cumplir radicalmente las expectativas sociales. “Acorralada por la contradicción de su propia lógica, sintiendo expresarse en los otros los apetitos que con toda crueldad reprimía en sí misma, Beatriz convertía la anorexia en instrumento de venganza” (Moreno, 2014, p.317). Igualmente, se observa en el caso de Ifemelu que debe soportar la imposición de un estereotipo de belleza reproducido en las revistas diseñadas para mujeres con las que no se identifica debido a su fisonomía y a su raza.

Estas tres ideas se sostienen en la configuración de estos dos tipos de relaciones opuestas asociadas a lo femenino y a lo masculino (naturaleza-cultura; lo privado-lo público) construidas en la raíz de la configuración social patriarcal-occidental que mantienen la pirámide en la que lo femenino se ubica en la base. Si bien estas novelas escogidas muestran esas construcciones sociales limitantes para las mujeres, no se quedan en hacer una radiografía social. Cada una construye una forma crítica de ver estas realidades. Así se manifiestan formas de resistencia para estas consecuencias.

Por un lado, en *Americanah* se caracteriza a la protagonista como una mujer joven, contemporánea, empoderada de su voluntad y de su deseo de salir de Nigeria para estudiar, formarse y sobrevivir por sí misma. Además, en la novela la muestran como una mujer en la que no predominan solo las emociones, ni tampoco las niega; una mujer que expresa mayor fortaleza que la de su misma pareja. Igualmente, Ifemelu es comparada de manera opuesta en la novela con otras mujeres en las que se observa la represión de su propio placer sexual. Las características de Ifemelu y su manera activa de comportarse frente a su propio placer exponen el contraste entre mujeres pasivas y ella. Sumado a esto, se la presenta como un ser complejo que lleva a cabo un proceso reflexivo de autoconocimiento para asumir sus propias decisiones, este proceso se concretará en la creación de un blog en el que expresa todas sus conclusiones.

Por otro lado, *En diciembre llegaban las brisas* expone estas resistencias desplegándolas en distintas cualidades de cada una de las mujeres que componen la obra; sin embargo, en la caracterización de Catalina y de su madre, Divina Arriaga, se muestran con fuerza dos formas de resistirse a lo anteriormente planteado: una es la infidelidad y la otra es la exploración de los placeres sexuales y eróticos. Recordemos que Divina Arriaga dejaba a disposición de la ciudad, de todo aquel que quisiera liberarse, su casa en Puerto Colombia, como un espacio en el que todo estaba permitido. A este personaje no le importaba ser señalada por la misma sociedad que hacía uso de este espacio de liberación. No obstante, Lina como personaje testigo de la novela, será la que caracterice los procesos de reflexión de lo que observa para crear, desde la misma escritura, una forma de resistencia.

En este punto es importante retomar cuatro ejes en los que se han creado mecanismos de control y opresión social sobre las mujeres, que, en las novelas, son reconfigurados como formas específicas de resistencia y resignificación de lo femenino. Estos ejes son: el matrimonio, el amor, la maternidad y la sexualidad. Así las cosas, en la obra de Marvel Moreno se presentan mujeres de clase alta que para mantener su estatus y la ubicación que ellas consideran que les corresponde deben cumplir con ciertos requisitos. En ese contexto, el matrimonio es un requisito fundamental para la supervivencia social y económica de las mujeres, puesto que no

tenían otro camino “bien visto” para configurar su vida. Se mantiene la idea de que las mujeres están al servicio del hombre en lo doméstico y para el acto reproductivo. En este sentido, es pertinente resaltar lo que dice Marta Lamas a propósito del matrimonio:

Mientras que los varones son los sujetos de las estrategias matrimoniales, a través de las cuales trabajan para mantener o aumentar su capital simbólico, las mujeres son siempre tratadas como objetos de dichos intercambios, en los que circulan como símbolos adecuados para establecer alianzas. Así, investidas de una función simbólica, las mujeres son forzadas continuamente a trabajar para preservar su valor simbólico, ajustándose al ideal masculino de virtud femenina, definida como castidad y candor, y dotándose de todos los atributos corporales y cosméticos capaces de aumentar sus valores atractivo y físico. (Lamas, 1999, p. 18)

Sin embargo, en esta novela se plantea la resistencia, no solo desde manifestar una postura completamente radical contra el matrimonio, como son los casos de María Fernanda y Petulia, sino también a partir de resignificar ese sentido pasivo y sumiso de lo femenino dentro del mismo matrimonio como lo hace el personaje de Catalina en esta novela:

Una esposa poco inteligente, bien acostumbrada a someterse a los otros, habría aceptado vivir a su lado como una sombra. Catalina no: ignoraba el respeto y con habilidad de culebra de agua había eludido siempre la autoridad. Para dominarla, Álvaro Espinoza habría debido practicarle una lobotomía porque ninguno de sus esquemas lograba ocultar el hecho de que, si realmente la naturaleza hubiese querido limitarla a la reproducción, ella existiría como entidad susceptible de reproducir la especie y nada más, algo parecido a una matriz colgada de los árboles o flotando sobre las aguas. (Moreno, 2014, p. 236)

En esta cita, se muestra cómo se cuestiona esa falsa idea asociativa entre la naturaleza y lo femenino que se ha instaurado a lo largo del tiempo y que seguimos cuestionando en este texto. Es cierto que Catalina se casa, sigue el protocolo que para ella estaba escrito. Sin embargo, es ella la que domina toda la situación, se permite la infidelidad como forma

de liberación y posibilidad de destruir la fuente de sus frustraciones. Se genera un cambio interno en este personaje que muestra el empoderamiento desde el cálculo que realiza para destruir la imagen de su marido. Como una estrategia, con toda la paciencia y la observación, asume un plan para llevar al límite a aquel que la había tomado por tonta. No cumple, entonces, con lo que supuestamente significa ser una “buena” esposa; cambia a su marido por su amante, un “indio de ojos dorados que había salido a recibirlas al aeropuerto de Montería” (Moreno, 2014, p. 243). Su amante era, por lo demás, todo lo contrario de un hombre de clase alta y no contaba con los valores burgueses que ese contexto apreciaba tanto. Así, el misterio, su liberación y la imposibilidad de ser controlada lleva a la completa angustia a su marido y al suicidio. Posteriormente, ella asumirá una vida autónoma e independiente de los hombres cuando se dedica a comercializar piezas de arte en el extranjero después de la muerte de su esposo.

En el caso de *Americanah*, el matrimonio no es la única opción que tienen las mujeres; sin embargo, para algunos de los personajes de la novela sí lo es. En esta se evidencian algunas condiciones que deben cumplir quienes quieran ser buenas esposas. Ese es el caso de la tía Uju cuando invita a cenar a su pretendiente Bartholomew. En este encuentro, la mujer se desvive por atenderlo, permite recriminaciones y comentarios faltos de delicadeza y mantiene una actitud condescendiente e ingenua, así asegura la posibilidad de contraer matrimonio. “La tía Uju se echó a reír, y en su risa se advirtió cierta conformidad, porque las palabras «A ver si esto está medianamente bueno» tenían que ver con si ella era buena cocinera, y por tanto buena esposa” (Adichie, 2014, p. 154). Sin embargo, es Ifemelu como protagonista y testigo de la escena la que relata, señala, resignifica esa actitud y cuestiona ese comportamiento de su tía, contraponiendo a ese imaginario las revisiones culturales que se han realizado de lo femenino en el contexto contemporáneo, “Ifemelu no debería haber hablado, pero había algo en Bartholomew que hacía imposible el silencio” (Adichie, 2017, p. 155).

Ahora bien, con respecto al amor, Coral Herrera (2010) nos revela esa relación histórica en la que deja de ser visible el matrimonio como un contrato social y se mezcla con la idea del amor romántico, sobre todo,

desde el siglo XIX. Esa consigna cultural del matrimonio por amor hizo que se manifestara de manera ambigua el pacto de la pareja y que se invisibilizara la relación de poder económico que todo matrimonio conlleva.

A pesar del esfuerzo legitimador por parte de la iglesia católica durante toda la Edad Media, las bodas siguieron siendo cosas de monarquías y cortes reales hasta el siglo XIX, época en la que se mitificó el matrimonio al asociarse al amor idealizado de carácter romántico. (Herrera, 2010, p. 119-120)

A partir de este momento, se crearon discursos dirigidos exclusivamente a las mujeres, integrando la idea del amor idealizado como mecanismo de control. Aún en nuestros contextos contemporáneos, la idea del amor romántico se repite y tiene un efecto aturdidor en las mujeres; se engalana el imaginario del hombre salvador y se mantiene la pasividad en las mujeres, deseosas, quietas, esperando a ser salvadas. Esto ha producido en el inconsciente colectivo una falsa correlación entre el amor y lo femenino. Debido a esto, lo femenino también es relacionado con el mundo de las emociones, en últimas del amor, enfatizando en el deber ser de la mujer para el hombre, el príncipe de los cuentos de hadas. “La campaña publicitaria estuvo dirigida principalmente a las mujeres: se ensalzó la figura de la mujer buena, ángel del hogar, amante y discreta esposa que esperaba al marido al volver de su trabajo cada día” (Herrera, 2010, p. 120).

Esta relación ambigua que plantea el amor en conjunto con el matrimonio hizo que se acondicionara a la mujer a no tener más en qué interesarse y se centrara de lleno en el tema romántico. No obstante, el amor también tiene otra cara y es precisamente la que le atribuyen estas dos novelas que analizamos en este texto. Se resignifica al amor, se lo diferencia del matrimonio y se le dibuja una expresión de libertad. En la novela de Moreno, se enfatiza en el caso de Catalina, después de haber salido de Barranquilla a los Estados Unidos, se narra que construye una relación basada en el amor, por encima de los estigmas sociales.

Pero casi al final de su vida supo que Catalina vivía con un millonario norteamericano por amor, sólo por amor, y entonces prefirió imaginarla recobrando la travesía dulzura de su infancia, el encanto de

su adolescencia y, en cualquier suntuoso apartamento de Nueva York, envejeciendo con el corazón tranquilo después de haber comprendido que la implacable lucha que debió emprender contra el mundo para defender su integridad había sido simplemente la travesía del desierto. (Moreno, 2014, p. 180)

Será Lina la encargada de recoger todas estas experiencias y, como personaje testigo, de integrarlas a sus reflexiones e imaginaciones que materializa en la escritura, “Catalina quedaría mucho tiempo en su recuerdo: triunfante y dominadora, bajando las gradas del museo” (Moreno, 2014, p. 180). En la obra de Adichie, el amor atraviesa toda la novela desde la relación de Ifemelu y Obinze. Esta es una relación de pareja contemporánea en la que se presentan las movilizaciones de la identidad de los dos personajes y sus consecuencias, las revisiones de lo que significa lo masculino y lo femenino en su comportamiento amoroso y es la que sustenta la estructura de la novela, desde el inicio hasta el final.

Oye Zeta, muchos no nos casamos con la mujer a la que amábamos de verdad. Nos casamos con la mujer que teníamos a la mano cuando estábamos en situación de casarnos. Así que olvídate de eso. Puedes seguir viéndola, pero no hay ninguna necesidad de ese comportamiento más propio de un blanco. (Adichie, 2014, p. 507)

En esta cita la recriminación de Okwu hacia Obinze evidencia el comportamiento social sobre el matrimonio y lo que este implica. El hombre puede mantener un matrimonio conveniente y tener una relación de amante con la mujer que ama. Esto sería impensable si fuera la esposa la que estuviera en esta situación. Además, las distancias y cercanías que se dan entre Ifemelu y Obinze están directamente relacionadas con la autonomía del personaje femenino. En este punto es importante contrastar los dos contextos que las novelas presentan y que las diferencia sustancialmente, lo que tiene que ver con el momento histórico al que cada una refiere. No podemos olvidar que *En diciembre llegaban las brisas* se ubica en la primera mitad del siglo XX, mientras que *Americanah* es de la segunda mitad de ese siglo y comienzos del XXI. Como lo expresa Mara Viveros Vigoya:

Ahora bien: hablar de las relaciones amorosas en un periodo como la segunda mitad del siglo XX resulta particularmente difícil, si se considera que, en este lapso, el tiempo se aceleró por el creciente e intensificado proceso de urbanización e industrialización, y el espacio se encogió por efecto de los medios masivos y las nuevas tecnologías de comunicación. Otro de los apuros que suscita hablar del amor en este período histórico reside en que, en las sociedades contemporáneas, las relaciones amorosas carecen en gran medida de institucionalización. En el momento actual, son las personas implicadas en estas relaciones quienes elaboran sus reglas, en sus propios términos, pese a la intervención de ciertos factores estructurales como el género, el curso de la vida, la clase y la pertenencia étnico-racial de los miembros de la pareja. (Viveros, 2011, p. 304)

Todas estas condiciones, además de los triunfos que se han logrado en temas de equidad de género, enfatizan en el modo diverso en el que manejan estas dos novelas seleccionadas lo femenino. No obstante, en este libro se seguirán integrando las semejanzas y diferencias de esos procesos de resignificación que presentan las novelas, para enriquecer cada vez más el diálogo.

Entonces, los dos últimos ejes son la maternidad y la sexualidad femenina. Una vez más volvemos a conectar las dos relaciones (naturaleza vs. cultura / privado vs. lo público) que ya hemos explicado con anterioridad y que son la base que sustenta los diferentes imaginarios que tenemos sobre la maternidad, en los que la responsabilidad y posibilidad de gestar y criar a un hijo(a) se le ha asignado a la mujer en el ámbito de lo doméstico:

Un hombre concibe una idea en el cerebro, mientras una mujer concibe un bebé en la matriz, una diferencia que ha sido subrayada por la asignación postindustrial de la esfera pública como un dominio masculino y de la esfera privada como un lugar de la mujer. (Osorio, 1997, p. 127)

Esto, además de alivianar la carga de la crianza al padre y de escamotear los diferentes comportamientos que sobre este tema asume lo masculino, como es la violencia, el abandono, la recriminación, etc.,

que hace que se dibuje un ideal de madre que difícilmente cualquier ser humano puede cumplir, por lo que se castiga de manera severa a las mujeres que son madres y no cumplen con las expectativas impuestas; o a quienes deciden no serlo. “Si pasa algo entre Obinze y tú, los dos seréis responsables. Pero la naturaleza es injusta con las mujeres. Un acto lo cometen dos personas, pero si hay consecuencias, una sola carga con ellas ¿Me entiendes?” (Adichie, 2014, p. 99). Esas consecuencias que conlleva el acto reproductivo han sido históricamente asumidas por las mujeres. Madres entregadas a la vida de sus hijos(as), sacrificadas en toda su integridad por el beneficio de otros(as), aquellas que son el paradigma del deber ser social, las responsables de educar para la sociedad a las personas del futuro, vírgenes, puras, sensibles, deserotizadas, etc., son algunas de sus representaciones.

Esta carga simbólica que lleva la madre, también, referencia un círculo vicioso y contradictorio. Puesto que, al ubicarse en el centro de la responsabilidad, la madre se vuelve el motor que impulsa el orden social establecido que privilegia el patriarcado, un orden que la sigue denigrando a ella. Sucede, entonces, el caso de Eloisa, la madre de Dora, quien vive una tragedia interna: desea, por un lado, el bienestar de su hija y, por otro, la reprime hasta el cansancio para que se comporte como debe ser. Recarga inconscientemente a su hija de todas las represiones de las que ha sido ella misma víctima, por lo que se vuelve el instrumento social que perpetúa esa cadena represiva. A su vez, una mujer como Dora pasa de estar llena de pasión, sensualidad y erotismo antes del matrimonio, a ser desprovista de toda posibilidad de deseo, de placer sexual, y se le asigna el rol de mujer “virgen” y “pura”, luego de ser madre, por lo que su marido busca afuera de esa relación la satisfacción sexual de la cual se considera merecedor.

Asimismo, seguimos lo que dice Coral Herrera (2010) sobre las madres patriarcales, estas

han criado hombres que no pueden ser autónomos a no ser que sean ricos y puedan pagar criadas; han educado hombres inútiles y dependientes en los aspectos más básicos de la vida (nutrición, higiene, educación, apoyo psicológico y afectivo, limpieza, etc.) que necesitan obligatoriamente a las mujeres para el día a día. (p. 52)

Este es el caso de la madre de Benito Suárez, que ha vuelto a su hijo dependiente, lo que ha generado que este vuelque todas sus frustraciones inherentes a la relación con su madre sobre su esposa.

Ahora bien, las novelas han planteado formas de resistencia frente a estos imaginarios sobre la maternidad que se centran en volver consciente ese orden simbólico que ha sido opresor frente a las mujeres y que se da por medio de la reflexión dada desde la conversación y la escritura. En palabras de Luisa Muraro (1991):

el desorden más grande, que pone en duda la posibilidad misma de la libertad femenina, es la ignorancia de un orden simbólico de la madre, también por parte de las mujeres. Muchas imaginan a la madre exactamente como la pintaron dos mil años atrás Aristóteles y Platón en sus cosmologías, a la manera de una potencia informe y/o una obtusa intérprete del poder constituido. (p. 184)

Así, por un lado, en la obra de Marvel Moreno, Lina al escuchar las conversaciones de sus tías, las reflexiones de su abuela, al contrastar las diferentes narraciones de la que es testigo, comprende y señala cómo opera el orden simbólico patriarcal al que están sujetas las mujeres, haciendo conciencia sobre estas cadenas que se transmiten entre las relaciones de madre e hijas(os). Por otro lado, en *Americanah*, se contrasta la imagen de la madre abnegada con la caracterización de la madre de Obinze, una mujer estudiada, docente de una universidad, que se hace cargo de su hijo y que alecciona e interpela a Ifemelu para ser autónoma y exigente frente a la decisión de la anticoncepción.

Si decidís tener una vida sexual activa, también debéis decidir protegeros. Obinze, debes comprar condones con tu paga. Ifemelu, tú también. No es problema mío si te da vergüenza. Debes entrar en la farmacia y comprarlos. Nunca dejes al chico a cargo de tu propia protección. (Adichie, 2014, p. 131)

Finalmente, identificamos en las dos novelas formas de represión sobre las mujeres que, definitivamente, pasan por la sexualidad. El placer femenino está sujeto a estigmas sociales violentos y castradores. No es habitual que una mujer profese ni trabaje por una sexualidad liberada y en

función de su propio placer, todo lo contrario: lo común, históricamente, es que haya sido reprimida y las mujeres señaladas y estigmatizadas. El deber ser del orden simbólico patriarcal es asumir a la mujer como un objeto dispuesto para el placer del hombre y luego tener el derecho de señalarla y castigarla debido a esa disposición erótica.

Dora al menos le concedía la razón: el sexo era sucio, los hombres innobles: innobles puesto que se empeñaban en conducir a la mujer al acto por el cual iban a despreiciarla, acto que si provocaba su desprecio tenía evidentemente que ser sucio. (Moreno, 2014, p. 67)

Por consiguiente, frente a la sexualidad, la mujer tiene todas las de perder en un orden social desigual, sobre todo, marcado por el contexto que muestra la novela de la escritora colombiana. En *Americanah*, sucede lo mismo, aunque esté ubicada en un contexto más actual; por ejemplo, la relación de la tía Uju con el General, en la que ella se muestra disponible a satisfacer los deseos sexuales de su amante:

Ifemelu no podía ver al General como una persona enternecedora, con sus modales estridentes y zafios, la manera en que alargaba el brazo para dar una palmada en el trasero de la tía Uju cuando subían por la escalera a la vez que decía: «¿Todo esto para mí? ¿Todo esto para mí?». (Adichie, 2014, p. 108)

O el caso de Kosi, esposa de Obinze, quien encarna la representación de la perfecta esposa, porque es sumisa, no habla y está dispuesta a todo lo que le indique el marido. Cosa, por cierto, que Obinze criticaba y que constantemente comparaba con Ifemelu, pues ella se comportaba de manera completamente diferente.

Ahora bien, las formas de resistencia que propone *En diciembre llegaban las brisas* sobre este tema se exponen de maneras diversas, vamos a señalar algunas: la primera desde la prostitución. Estos son los casos de María Fernanda y Petulia. La segunda desde la infidelidad, el caso de Catalina. La tercera desde la adecuación del espacio para la exploración del placer sin juicios, como lo hizo Divina Arriaga. La cuarta se da desde la representación de un personaje como Leonor, que asume sus propios derechos frente al placer, como lo hacen los hombres. Finalmente, la

quinta, que depende de la lectura y los estudios que permitieron hacer, por ejemplo, una crítica a la falsa ilusión de liberación sexual que se daba en ese momento con el uso de hongos alucinógenos,

A su contacto, María Eugenia se vio obligada a modificar radicalmente sus opiniones: los estudios garantizaban la independencia, a la larga aquellos hongos embrutecían, y la liberación sexual no liberaba en nada a las mujeres, sino que las colocaba a todas en condición de disponibilidad total para los hombres, quienes seguían haciendo el amor a su manera, indiferentes al erotismo femenino, y ahora, gracias a las nuevas teorías, evitándose el trabajo de seducir o la humillación de pagar. (Moreno, 2014, p. 430)

Por el lado de *Americanah*, la resistencia frente a la represión sexual se da especialmente desde la caracterización del personaje principal como una mujer contemporánea consciente de su derecho a sentir placer. Además, desde el acto concreto de la infidelidad de Ifemelu a Curt y de su respuesta al reclamo que este le hace, al sentirse deshonrado. En palabras de Aghogho Akpome (2017):

Perhaps the most important moment in the reinvention of Ifemelu's femininity is her argument with Curt after confessing to him that she had cheated with their neighbour, Rob. When Curt suggested, angrily, that she had given Rob "what he wanted", Ifemelu felt insulted, retorting: "I took what I wanted. If I gave him anything, it was accidental"⁷. (p. 9863)

Precisamente, con esta respuesta transgrede el orden, resignifica el sentido y se ubica en una posición activa sobre su propio deseo. Pero es en este punto en el que debemos ir más despacio para entretrejer las implicaciones de estas formas de resistencia que interpretamos en las obras. Así, entramos con mayor profundidad en el terreno del cuerpo.

7 Traducción libre: quizás el momento más importante en la reinención de la feminidad de Ifemelu es su discusión con Curt después de confesarle que lo había engañado con su vecino, Rob. Cuando Curt sugirió, enojado, que ella le había dado a Rob "lo que quería", Ifemelu se sintió insultada y respondió: "Tomé lo que quería. Si le di algo, fue accidental".

El cuerpo: lugar donde todo pasa

Ninguna reflexión sobre lo femenino deja de lado lo que significa el cuerpo de las mujeres. Así queremos, entonces, continuar el desarrollo del análisis desde lo que sugieren sobre este concepto las obras literarias seleccionadas en diálogo con ciertos planteamientos teóricos como los que proponen Coral Herrera, Marta Lamas, la misma Simone de Beauvoir, entre otras(os). Iniciamos este camino reflexivo desde el cuerpo, porque lo comprendemos como nuestro *órgano-obstáculo*⁸ (Villa y Cardona, 2015). Es decir, es el cuerpo el que nos permite la existencia, las diversas posibilidades de la experiencia con el mundo. Su dimensión biológica, el acto de respirar, mantiene al ser en su totalidad; le permite la vida, pero también se la niega. La noción de órgano como posibilidad de ser en funcionamiento determina, de algún modo, la particularidad interpretativa que tenemos de nuestros contextos. Por eso también es nuestro límite. El campo de visión está limitado por lo que nuestros ojos logran alcanzar; el cansancio corporal culmina, querámoslo o no, con las actividades que realizamos; los ciclos hormonales generan dolores o percepciones más sensibles a ciertos estímulos; cuando el corazón diga que ya no resiste más, será nuestro fin.

El cuerpo es un objeto en el que todos tenemos el privilegio, o la fatalidad, de habitar, la fuente de sensaciones de bienestar y placer, pero también de enfermedad y tensiones. Sin embargo, el cuerpo no es solo una entidad física que «poseemos»: es un sistema de acción, un modo de práctica, y su especial implicación en las interacciones de la vida cotidiana es parte esencial del mantenimiento de un sentido coherente de la identidad. (Giddens, citado en Sabido, 2013, p. 24)

Precisamente, el cuerpo es materialidad, espacio habitable, objeto; no solo está determinado por ciertas características biológicas, sino que es “cuerpo vivo”, como dice Elizabeth Grosz (1994), en el que se

8 Término usado por el filósofo francés Henry Bergson y que recoge Vladimir Jankélévitch para caracterizar a la muerte. Lo retomamos del artículo titulado *La muerte como órgano-obstáculo del perdón en Vladimir Jankélévitch*, de Lida Esperanza Villa y Luis Fernando Cardona. Es preciso decir que resignificamos el concepto y lo atribuimos al cuerpo con la intención de evidenciar las dos caras en tensión que esta categoría expone.

juegan todas las dimensiones del ser ahí, siguiendo a Heidegger, el ser en contexto. Por eso estamos sujetas(os) y somos limitadas(os) por nuestro cuerpo. Aquel que, así como nos permite las múltiples posibilidades de la experiencia, también puede ser nuestro obstáculo. Parece una contradicción, pero es una condición esencial de lo que somos. Nuestra percepción del mundo, entonces, se ve determinada y definida acorde con nuestro cuerpo. Partimos de esta claridad sin la intención de entrar en las diversas discusiones filosóficas que del tema existen, sino con la intención de ubicarnos en el valor que al cuerpo le atribuimos y que en esa valoración toda característica va a determinar la forma como interpretamos el mundo.

Ahora bien, desde esta primera determinación que el cuerpo físico genera en nosotras(os), la comprensión del mismo se ve sujeta a todas las ideas que de ahí surgen. En este punto dice Grosz (1994), “el cuerpo es el sitio donde intersectan las proyecciones físicas y las inscripciones sociales” (p. XIV, XV). A lo anterior le agregamos lo que propone Coral Herrera (2010), siguiendo a Foucault, sobre el cuerpo: “En los cuerpos de las mujeres se inscriben las relaciones de poder entre los géneros, y esto ha determinado sus sexualidades y sus formas de relacionarse consigo mismas y con el resto” (p. 143). En otras palabras, no solo la dimensión biológica está ocurriendo en el cuerpo, sino también las comprensiones sociales y culturales que de él se tienen, las expectativas que interna y externamente se ponen en juego, el carácter político de las relaciones de poder, que nos permite comprender Foucault, la forma de relacionarse, la sexualidad, la maternidad, el matrimonio, la historia, el contexto, la ley, etc.

Todo pasa en el cuerpo. Ese que se abre desde la vagina hasta los senos, grandes, chicos, simétricos, asimétricos, artificiales, removidos; un cuerpo expuesto o retraído, transformado o natural, sometido o liberado, híbrido, móvil, cambiante, es en el que las diferentes prácticas culturales y sociales juegan y dejan su marca⁹. Esas implicaciones se pueden observar en los cuerpos femeninos de las protagonistas que atraviesan las novelas de Marvel Moreno y Chimamanda Adichie.

9 Es pertinente decir en este punto que nos ubicamos en la discusión desde la caracterización de los personajes de las novelas seleccionadas. Por lo tanto, nos distanciamos de los debates actuales sobre los sujetos no binarios y los transgéneros que no se identifican con la categoría de mujer.

Al principio intentó con horror sofocar, contener o destruir aquella cosa inaudita que Dora rezumaba por cada poro de su piel; al no lograrlo, pues a pesar de fajas y vendajes los senos de su hija se erguían y sus caderas se redondeaban y la cabellera que le crecía a borbotones rompía las cintas de trenzas y colas de caballo, trató fascinada de hacerla suya. (Moreno, 2014, p. 30)

Esta cita muestra cómo Dora se expande, se hace materia viva. Por más que se desee esconder la figura, la sensualidad, se abre paso ante los mecanismos que la madre utiliza para negar lo que también es verdaderamente Dora: un cuerpo. ¿Qué es lo peligroso de ese cuerpo que se expande? ¿De dónde viene el miedo?

Ese cuerpo femenino es siempre un cuerpo construido, va a decir Simone de Beauvoir (1949), desde unas determinadas formas y que en su diferencia se convierte en lo absolutamente otro. En el devenir histórico y en la tradición, se ha definido a la mujer en relación con el hombre, se la ha ubicado como lo opuesto. Se ha reducido al ser femenino a unas diferencias biológicas que expresan lo que no es el hombre: “La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; ella es lo Otro” (De Beauvoir, citada por De Alva, 2014, p. 38). En este caso lo absolutamente otro aparece como amenaza. Ese cuerpo de mujer surge como un peligro para una organización social y cultural orientada al beneficio masculino. Desde ese miedo a lo diferente, operan las relaciones de sumisión. Parece, entonces, que la mujer se convierte en ese paradigma de la diferencia en el que la identidad del hombre se logra oponer para sublevarse ante eso “extranjero” que se le manifiesta, en principio, desde un cuerpo distinto. Seguimos los planteamientos de De Beauvoir, para comprender ese miedo que genera el cuerpo de la mujer:

Para el aldeano, todos los que no pertenecen a su aldea son «otros», de quienes hay que recelar; para el nativo de un país, los habitantes de los países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros» para el antisemita, los negros lo son para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, los proletarios para las clases poseedoras. [...] el sujeto no se plantea más que oponiéndose: pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inesencial, en objeto. (De Beauvoir, 1949, p. 4)

Lo anterior lo podemos conectar con la siguiente cita de *En diciembre llegaban las brisas* “ya que esta se remontaba a la época en la cual los hombres descubrieron que explotar a una mujer era el primer paso a dar para explotarse unos a otros” (Moreno, 2014, p. 35). Así, esta novela muestra la diferencia radicalizada que se ha mantenido entre “unos y otros”, entre hombres y mujeres. Esas relaciones de dominación han imperado en las sociedades humanas.

Esa forma de desventaja marcada en el cuerpo de la mujer, ese modo de afirmar unas relaciones de subordinación frente a lo diferente, hace que un cuerpo masculino le tenga miedo a parecerse a uno femenino. Lo diferente, entonces, es sinónimo de desventaja, de inconveniente, de lo que no debe ser. Con esta jerarquía comienza un gran tejido de muchas otras relaciones en las que se beneficia al hombre por encima de la mujer. Por tanto, situadas en la base de la pirámide, se asumen socialmente prácticas de objetivación del cuerpo femenino; peor aún, prácticas de desobjetivación del cuerpo femenino.

Al ubicar a la mujer por debajo del hombre en esa diferenciación, se comienzan a asumir por parte de ellos un “derecho implícito” sobre sus cuerpos. Estos se convierten en objetos para el placer y el beneficio de los que sí son sujetos; las mujeres se convierten en cuerpos para la venta, subordinados al concepto de belleza imperante, ultrajados por el *deber ser* impuesto por una sociedad patriarcal y machista. En este punto, Ifemelu, protagonista de *Americanah*, debe cargar en su cuerpo no solo esas relaciones de subordinación, sino que, además, debe cumplir con los estereotipos de belleza que derivan, en este caso, de mujeres blancas. Así que en su cuerpo no solo tienen lugar las relaciones de subordinación del género, sino que además debe cargar con el poder que se ejerce sobre ella por ser negra. En una escena, después de luchar con todas sus fuerzas por alisarse el pelo como lo tienen las blancas, después de aplicarse químicos fuertes que queman su piel, de tratamientos, cremas, procesos largos y fastidiosos, en la novela se expresa el siguiente diálogo: “—Te picará solo un poco —le avisó la peluquera—. Pero mira qué bonito queda. ¡Guau, chica, tienes el vuelo de una blanca!” (Adichie, 2017, p. 265). En efecto, la idea de belleza que carga en su cuerpo es la de una blanca, siendo ella

negra. No podemos reducir la interpretación del mundo de una mujer como Ifemelu a su cuerpo, eso es claro, pero sin su cuerpo su interpretación del mundo sería otra. Este ya interpela, comunica. Su raza determina unas narraciones que inician por la marca del color de su piel. En su cuerpo sucede el diálogo histórico tanto de la raza como del género¹⁰. Todo lo anterior establece consecuencias cuando nos enfrentamos a la comprensión del cuerpo como

la primera escala geográfica, el espacio en donde se localiza el individuo y sus límites resultan permeables respecto a los otros cuerpos (Mc Dowell, 2000; Rich, 1999). Tal como sostiene Soja, la «creación de geografías» comienza con el cuerpo; el sujeto es entendido como una entidad espacial implicada en una relación compleja con su entorno (Soja, 2011). (Soto, 2013, p. 198-199)

Por tanto, es en este lugar en el que la experiencia vital de la persona sucede y hace que se ubique en una esquina específica en la red de sentidos de su interpretación del mundo. En este sentido, el cuerpo de Ifemelu, siendo solo de ella, comienza a ser de un establecimiento de relaciones. Aparece la negación de su color de piel, la forma diferenciada de su pelo, las construcciones de lo que debe ser su cuerpo y ella hace lo posible por encajar en ese molde hasta que se da cuenta de que jamás lo hará. Lo corpóreo, entonces, ya deja de limitarse por la configuración biológica del organismo, y las representaciones sociales del género pasan a ser “materia orgánica”. En otras palabras, estas empiezan a hacer parte sustancial del cuerpo.

Las configuraciones corpóreas forman parte de sistemas de actividad dinámicos que trascienden, espacialmente y temporalmente las barreras y la temporalidad del organismo y cuya estabilización no parte únicamente del propio organismo, sino de todo el entramado en el que están situados y del que forman parte cuerpos diversos, ayudando a construir las propias ecologías que, eventualmente, les constituyen. En

10 Partimos de la definición que da Marta Lamas (1999) del género: “Lo que define al género es la acción simbólica colectiva. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres” (p. 13).

estas ecologías toman parte aspectos lingüísticos-semióticos (formas de hablar y discursos elaborados, gestos, repertorios de acciones que dan lugar y conforman representaciones sociales). (Sánchez, 2008, s.p.)

Para comprender mejor este punto, traemos la relación de Dora y su bicicleta. Este es un juguete común, lúdico e inocente para cualquier niña(o) en un contexto actual; sin embargo, en el contexto planteado por la novela, significa peligro, porque es un objeto no permitido para señoritas. ¿Por qué ese regalo significa la “deshonra” para una joven como Dora? El contexto, la cultura, el territorio y los mitos que se han generado en torno al uso de la bicicleta por parte de las niñas y adolescentes llevan a que se desestime el aparato porque se considera peligroso para la virginidad de Dora que es, en últimas, el valor que posee para conocer a un buen hombre. En otras palabras, el cuerpo que era propiedad de Dora ahora pasa a serlo de unas expectativas sociales que comienzan por mantener el himen intacto, “pues si bien en esa sociedad de locos se daba por sentado que ninguna muchacha de buena familia cometería la imprudencia de perder la membrana cuya conservación le permitiría contraer un matrimonio conveniente” (Moreno, 2014, p. 31).

Entonces, recapitemos, es en los cuerpos de Dora e Ifemelu donde todo pasa. Su forma orgánica determina rasgos y cualidades particulares que tienen injerencia en la forma de ver y de comportarse en sus contextos. Pero no solo es cuerpo la sangre y las vísceras, es en este en el que suceden todas las ideas que, sobre las relaciones de género, en este caso entre mujeres y hombres, se establecen cultural y socialmente.

De esta forma, parece que, históricamente, las mujeres somos más cuerpo que los hombres, porque ellos no están en la diferencia, no están en la esquina del subordinado que parece haber perdido todo derecho sobre su propio cuerpo que, peor aún, se ha convertido en uno social, sobre el que la sociedad se atribuye el derecho de intervenirlo. En esa fantasía de apropiación y determinación sobre los cuerpos de las mujeres de una sociedad sustentada en los intereses de los hombres, se asumen mecanismos para ejercer poder sin sentimiento de culpa. Se impera una dominación del cuerpo femenino, con violencia física o simbólica. En las

novelas seleccionadas en este estudio se manifiestan estos cuerpos violentados de formas diversas. En el caso de Dora, desde la misma madre que le reprime sus manifestaciones corporales (parece querer, doña Eulalia, prepararla para la convivencia matrimonial o para mantenerla enclaustrada a su propio servicio), hasta su marido, pasando por todas las relaciones íntimas y personales que este personaje establece:

recordaría siempre el plumero saltando de sus manos y manchando la encerada superficie de la mesa, la enloquecida, vacilante carrera de Dora, Benito Suárez alcanzándola en el jardín y dándole otra bofetada en aquella cara que la sangre casi impedía reconocer, y luego ambas, Dora y ella precipitándose a la puerta de entrada. (Moreno, 2014, p. 23)

Se plantea, entonces, un acuerdo social de dominación del hombre sobre la mujer, se domestican los cuerpos de las mujeres y se permean sus comportamientos para encajar en la escala social que ha sido determinada de antemano.

A Obinze lo desconcertaba que Ojiugo no lamentara aquello que podría haber llegado a ser. ¿Era una cualidad inherente a las mujeres, o simplemente aprendían a ocultar sus pesares personales, a dejar en suspenso sus vidas, a subsumirse en el cuidado de los niños? (Adichie, 2014, p. 315)

En esta cita, se presenta una preocupación por el comportamiento de sumisión que refleja el personaje femenino. Sin embargo, esa pregunta que se hace este personaje masculino es una que surge desde el lugar del privilegio. Este cuestionamiento interpela a la mujer como si fuera de ella, exclusivamente, la responsabilidad y la voluntad para poder subir en la escala social. Obinze no tiene claridad sobre los mecanismos de sujeción que el mismo orden social establece para que las mujeres nos comportemos de esa manera. No obstante, la misma pregunta evidencia, a su vez, el acto de “aprendizaje” de esas formas de participar en la sociedad. Lo mismo sucede con Ifemelu cuando ha sido violentada sexualmente por un acosador; cuando la necesidad misma de obtener recursos la lleva a volverse un objeto de placer. ¿Por qué la protagonista carga con la vergüenza

de ese hecho y no el hombre que genera la situación? Así, entonces, nos preguntamos: ¿es responsabilidad única de las mujeres el resistirnos, empoderarnos y rebelarnos frente a estas situaciones o, más bien, nos implica a todas(os) responder por estas relaciones de subordinación?

Ahora bien, estas novelas no se quedan en la mera exposición de lo antes mencionado, sino que plantean formas de resistencia que las mujeres asumen frente a estas relaciones de poder que existen sobre ellas. Una comienza con el reconocimiento de su propio cuerpo. Ifemelu, después de pasar por el sufrimiento que causa no encajar en los moldes de belleza para mujeres blancas, se reconoce como negra y acoge como parte fundamental de su identidad las características raciales que se manifiestan en su pelo. Este se convierte en un símbolo de resistencia que comunica el cambio en la comprensión de esas representaciones sociales que subordinan lo femenino.

En este mismo sentido, Lina se asombra en el reconocimiento de su propia fuerza al actuar en su defensa: “Sí. El asombro de verla a ella, la niña de trece años que acaba de reventarle en el hombro una silla Luis XVI mientras le decía: «solté al perro y viene a destrozarlo»” (Moreno, 2014, p. 23). Con el reconocimiento corporal, se empiezan a movilizar ideas de resistencia; surge en la mente y en el espíritu de estos personajes femeninos la idea de poder defenderse de actos violentos, simbólicos o físicos, de los que han sido testigos o víctimas. También es un acto de resistencia, presentado en estas dos novelas, su propio reconocimiento como sujetos activos y prestos a exigir el derecho a la sexualidad y al placer. Esta será una de las formas en las que estas novelas mostrarán los procesos de resignificación y construcción de lo femenino. Por ejemplo, el caso de Ifemelu en comparación a Kosi o la representación de Divina Arriaga o de Leonor. Por tanto, en el cuerpo, ese lugar en el que todo pasa, también acontecen los procesos de resignificación de lo femenino, de su propia identidad, para construir mejores sentidos de lo que son en sí mismas y en relación con los demás.

Territorio: el espacio habitado y sus significaciones

En las novelas analizadas, la categoría de territorio es fundamental para entender la construcción de las identidades, de los roles y de las relaciones entre los personajes de las historias. El territorio no es asimilado únicamente como el lugar físico que habitamos, del cual hacemos parte, sino como aquel espacio en el que y con el que construimos relaciones, que incide también en nuestras identidades y en nuestro actuar.

Con esto presente, consideramos oportuno iniciar este apartado con el concepto general de territorio que ofrece Luis Sánchez (2015):

El territorio es una entidad espacial que sirve como instrumento de comunicación que visibiliza y hace tangibles estructuras sociales, tales como autoridad, identidad, derechos, aspiraciones, prejuicios, entre muchas otras. [...] Pero, entonces, ¿dónde está la diferencia entre el borde, el límite y la frontera? Estos conceptos son a menudo utilizados indiscriminadamente sin reconocer los elementos que los diferencian. Por un lado, el borde (en inglés, border) y el límite (en inglés, boundary) son conceptos muy cercanos. Su diferencia descansa en la escala. Es decir, concretamente el límite se refiere a la “línea” divisoria; el límite entre territorios distintos. Mientras que, por otro lado, el borde es la región contigua al límite, una región inmediata donde la sociedad y el paisaje están marcados por la presencia del límite. (p. 176)

En este sentido, el territorio trasciende la idea de los bordes geográficos o de las fronteras, como lo menciona Sánchez (2015), para integrar las relaciones y nociones que cada persona y grupo consiguen tejer con el espacio que habitan. De esta forma, quienes hacemos parte de un territorio guardamos relación con las costumbres, las prácticas y los valores que en este se han generado y que se llevan a cabo. En la novela de Moreno, por ejemplo, la ciudad de Barranquilla, pero, sobre todo, la que habita la clase alta, genera unas dinámicas propias, que inciden en la vida que allí se desarrolla. A manera de contexto, la narradora menciona:

aquella ciudad polvorienta donde el recogimiento resultaba imposible y la reflexión ineficaz, bajo un sol creado para herir los ojos del hombre que aparecía de repente en el negro de la noche y cruzaba despiadadamente el cielo hasta otra noche con lentitud fatal. (Moreno, 2014, p. 183)

Esta presentación que se nos hace de Barranquilla nos muestra la ciudad, no solo desde sus características “físicas”, sino también desde la apreciación que tienen de ella quienes la habitan, aspecto que será constante en la narración para comprender el pensamiento y el actuar de los personajes.

Las mujeres protagonistas de las historias de Moreno y de Adichie están condicionadas por los lugares en los que viven y por las prácticas sociales que en estos se ejecutan; prácticas que incitan a la reflexión y, en algunos casos, permiten la resignificación de ese espacio. Así, el territorio físico pone de manifiesto unos límites propicios para la identificación con un lugar o la falta de esta con otro, y con lo que allí se realiza. Paralelamente, este mismo territorio, como espacio simbólico, como idea o concepto, se resignifica a través de la interacción con otros aspectos constituyentes de una persona.

De esta manera, el territorio físico, el lugar habitado, integra unas ideas específicas de lo que significa, para cada persona, pertenecer a un determinado lugar. Como lo menciona Sánchez (2015), con el territorio se tejen unas relaciones de pertenencia o distancia, así como de superioridad e inferioridad, desde el exterior. Es decir, quienes habitamos un espacio nos relacionamos con él por la cercanía que este nos produce; cercanía dada por lo que construimos en éste, por las personas, las experiencias, las ideas compartidas e, incluso, por el espacio geográfico mismo con el cual nos sentimos identificadas. Este sentido de pertenencia se ve impregnado por las ideas del lugar compartido y genera también emociones que se pueden intensificar cuando nos alejamos de él.

Así mismo, desde el exterior, la imagen que otras personas (que generalmente no comparten nuestra nacionalidad) se hacen de ese lugar termina permeando la percepción de éste. En el orden mundial, por

supuesto, los escenarios geográficos también ocupan un lugar diferenciado según tradiciones históricas, culturales, económicas, concepciones de raza, entre otras razones. Los territorios que habitamos, entonces, condicionan nuestras relaciones con el mundo y con las concepciones que ese otro mundo, distinto, guarda con nosotras(os) de acuerdo con el lugar de donde provenimos. En palabras de Ramón Grosfoguel (2011), la idea de la dicotomía entre lo que es superior o inferior depende de los lugares en los que se habite y de la noción que sobre ellos se ha construido. Por lo tanto, el valor, o la falta de este, de las personas y de sus territorios de procedencia varía y depende de condiciones distintas:

mientras en muchas regiones del mundo la jerarquía etno/racial de superioridad/inferioridad está marcada por el color de la piel, en otras regiones está construida por prácticas étnicas y lingüísticas o rasgos religiosos o culturales. [...] El punto importante para Fanon es que aquellos sujetos localizados en el lado superior de la línea de lo humano viven en lo que él llama la “zona del ser”, mientras que aquellos sujetos que viven en el lado inferior de esta línea viven en la zona del no-ser (Fanon, 2010). La zona del ser y no-ser no es un lugar geográfico específico sino una posicionalidad en relaciones raciales de poder que ocurre a escala global entre centros y periferias, pero que también ocurre a escala nacional y local contra diversos grupos racialmente inferiorizados. (Grosfoguel, 2011, p. 98-99)

De hecho, en las novelas analizadas, los territorios que se mencionan no solo sirven para ubicar geográficamente las narraciones y darles un contexto, sino que delimitan unas actuaciones y unas zonas como las mencionadas por Grosfoguel, que traspasan los límites físicos. Tanto en la novela de Adichie como en la de Moreno, los territorios específicos condicionan a quienes viven en ellos, hombres y mujeres, y les proponen unas relaciones de superioridad e inferioridad. En ese orden al que hace referencia Grosfoguel, la raza, la clase, y en el caso de esta investigación, el género al que se pertenece también marca esas zonas de análisis.

Así, por ejemplo, en *Americanah*, el caso de Obinze, quien llega a Inglaterra desde Nigeria y se ve forzado a concertar un matrimonio con una mujer para obtener el permiso de residencia, nos demuestra que el

tema racial, incluso por encima del género (en algunos casos), se impone según las circunstancias. En este escenario, la mujer (europea) se ubica en una situación de superioridad sobre Obinze, al menos ante los ojos de la sociedad. Él, un hombre (negro) nigeriano, pertenece a esa zona del no-ser; Nigeria es un lugar “menor”: de menor desarrollo económico, de menor incidencia en el tablero político del mundo, en últimas, con ciudadanos de “menor importancia”. En la historia de Obinze, el plan de matrimonio fracasa y queda expuesta esa inferioridad, que es la misma de sus coterráneos:

Una mujer del Este de Europa, según le había contado Illoba, había amenazado a un nigeriano, una hora antes de la boda en el juzgado, con marcharse si no le daba mil libras más. El hombre, aterrorizado, empezó a llamar a todos sus amigos, a reunir el dinero. (Adichie, 2014, p. 299)

Esta idea que se presenta con los cuerpos que Fanon determina que se han racializado como inferiores, se extiende a otros ámbitos en las novelas mencionadas, y permite establecer algunas relaciones de importancia entre unos y otros sujetos según el territorio habitado.

En esta misma línea, las marcas planteadas por Grosfoguel (2011) también se presentan desde el género. En el caso mencionado, la raza es el papel determinante en el territorio, pero en otros ámbitos, quizá como un rasgo mayormente compartido, es el género el que determina ese lugar simbólico de ser y no-ser en un espacio. En la novela de Moreno, se presenta el caso del personaje de Divina Arriaga, quien regresa a su ciudad natal con la visión de quien ha recorrido el mundo y por eso resulta incómoda para quienes habitan este lugar, caracterizado por mantener las tradiciones y evitar los cuestionamientos que den paso a reflexiones y cambios. Por eso, el desparpajo, la libertad con la que vive Divina, el conocimiento de sus deseos y la búsqueda por complacerlos resulta escandaloso en una ciudad que se precia, aunque solo sea en la superficie, de albergar los más “altos”, e inmutables valores. La libertad que ostenta el personaje mencionado es criticada en ella, por su condición de mujer, pero es alabada en los hombres que se suman a sus reuniones y hasta las propician:

La cabeza de turco, el chivo emisario, la responsable en fin debía ser Divina Arriaga [...]. Entonces, envalentonadas, algunas personas comenzaron a decir que su conducta era una deshonra para la ciudad y fueron a hablar con la presidenta de las Madres Católicas, quien después de haber expulsado de la congregación a las ovejas descarriadas le había pedido audiencia al obispo a fin de que nombrara una comisión de notables cuya misión sería encararse enérgicamente a Divina Arriaga y decirle sus cuatro verdades. [...] Pero después de muchas deliberaciones los notables elegidos resolvieron acusarla de corrupción y exigirle la venta de su acción del Country, supremo castigo en una ciudad donde pertenecer al club constituía el signo por excelencia de distinción y que podía compararse a la degradación de un militar o al anatema de un cura a quien se le prohíbe celebrar misa. (Moreno, 2014, p. 177)

Así, la condición de mujer de Divina es la causa por la cual el castigo de sus acciones es llevado hasta las últimas consecuencias, sin importar quiénes más hagan parte del agravio. En este territorio, en esta zona del mundo, como en tantas otras, las prácticas relacionadas con el sujeto femenino se exponen de manera clara, así como es claro lo que está permitido y lo que no de acuerdo con el género.

En resumen, esta primera idea del territorio geográfico, con bordes y fronteras, como lo expone Sánchez, integra conceptos que trascienden el plano físico y que nos ubican en espacios concretos, pero que, especialmente, nos enfrentan a la realidad de que habitar uno u otro lugar sí marca una diferencia en el orden de las relaciones que se tejen.

En esta misma construcción del territorio surge también la experiencia de la migración, del desplazamiento (voluntario, en las novelas trabajadas) de un lugar a otro, y el proceso de adaptación que este cambio implica. Salir del territorio conocido, independientemente de las motivaciones que lleven a esa decisión, involucra un desprendimiento, un salto al vacío en ese nuevo entorno. Esta migración representa moverse en dirección a lo que se puede considerar un lugar más apropiado para vivir; involucra, además, la decisión de cortar, al menos físicamente, los lazos

que unen a la persona con su patria, con las relaciones allí establecidas y con lo que significa “pertenecer” a un lugar. Al respecto, Linda McDowell (1999) comenta:

Abandonar su patria se ha convertido en un hecho común para muchas personas, en algunos casos para establecerse y conquistar una vida nueva lejos de su lugar de origen; en otros, lo más, para convertirse en los «parias» y los «desplazados» del mundo, condenados al limbo de aquellos que se caracterizan por no pertenecer a nada, ni a una nación con territorio, ni a una región, ni a una clase. (1999, p. 12)

En esa búsqueda por no quedarse en lo que McDowell denomina “el limbo”, en el sentido de pertenencia, tienen lugar los procesos de adaptación que cada persona, de acuerdo con el contexto en el que está, lleva a cabo. Unidos a esos procesos, surgen también las reflexiones en torno a lo que este nuevo espacio requiere de quien lo habita, a la construcción misma de las identidades y a las posibilidades de resignificar el territorio.

En el caso de *Americanah*, cuando Ifemelu llega a Estados Unidos, además de ser consciente de su identidad racial, de identificarse como mujer negra, entiende que se presenta una relación paradójica con el nuevo país que habita. Por un lado, la mención de su lugar de origen (Nigeria) genera en quienes la escuchan prejuicios asociados con ese país. Ifemelu se enfrenta a las ideas estereotipadas de lo que significa haber nacido y crecido en un país del continente africano, a las nociones de quienes no conocen el lugar, pero comparten un imaginario colectivo al respecto. Por otro lado, la interacción con sus compañeras(os) de clase, en la Universidad, le genera una nueva conciencia de que la relación entre su color de piel y su lugar de procedencia no necesariamente importa a quienes la rodean, porque lo que prima en esa relación está mediado por la raza y no por el territorio de origen, al menos para quienes habitan Estados Unidos. Por eso, en una de las entradas de su blog escribe:

Queridos negros no estadounidenses, cuando tomáis la decisión de venir a Estados Unidos, os convertís en negros. Basta ya de discusiones. Basta ya de decir soy jamaicano o soy ghanés. A Estados Unidos le es indiferente. ¿Qué más da si no eráis “negros” en vuestro país? Ahora estáis en Estados Unidos. (Adichie, 2014, p. 287)

Ifemelu tiene claro que el territorio que ahora habita tiene interiorizadas unas lógicas de relación que ella no puede desconocer y a las cuales también debe adaptarse en aras de sobrevivir. Incluso, que a la generalidad de las personas que habitan este nuevo lugar les tiene sin cuidado cuáles son las características de aquel del cual procede, más allá de las ideas que sobre éste ya se han hecho. En esta nueva tierra para ella, en este nuevo espacio, los intereses son otros y para que Ifemelu pueda hacer parte de la conversación, debe tenerlo en cuenta. Su lugar en el mundo, que trasciende el habitar físicamente, u ocupar un espacio como cuerpo, está ahora mediado por esta realidad. De acuerdo con Sánchez (2015): “el territorio es una entidad espacial que sirve como instrumento de comunicación que visibiliza y hace tangibles estructuras sociales, tales como autoridad, identidad, derechos, aspiraciones, prejuicios, entre muchas otras” (p. 176).

En otras palabras, el cambio geográfico supone para Ifemelu la toma de conciencia de quién es en relación con otras personas y contribuye a forjar sus identidades. En este mismo sentido, para Obinze, la migración supone la “pérdida” de identidad con el fin de habitar y ser recibido en otro territorio. Así, al migrar a Inglaterra debe despojarse de quién es, de quién fue en Nigeria. A Obinze y a Ifemelu, como a otros personajes, les son dadas nuevas identidades, en términos prácticos, que les permiten relacionarse con el nuevo espacio que habitan y hacer parte de la vida que ahí se da. Una vida entendida en términos de trabajo y de subsistencia:

Ocupó un asiento de ventanilla —alguien había pegado un chicle en el cristal— y dedicó largos minutos a volver a contemplar el carnet de la Seguridad Social y el permiso de conducir pertenecientes a Ngozi Okonkwo. Ngozi Okonkwo era al menos diez años mayor que ella, de rostro estrecho, cejas que en su nacimiento semejaban pequeñas bolas antes de elevarse en arco, mandíbula en forma de uve.

—Ni siquiera me parezco a ella— había dicho Ifemelu cuando la tía Uju le dio el carnet.

—Para los blancos, somos todos iguales— contestó la tía Uju. (Adichie, 2014, p. 160)

En esta nueva etapa, los personajes de la novela que han optado por habitar un lugar distinto al de nacimiento y crianza, se someten a las reglas que el territorio les impone, para hacer parte de él: la migración supone una relación de subordinación en estos casos particulares. Esta inferioridad, entendida desde los planteamientos de Grosfoguel (2011), no está dada únicamente por ser migrante, sino, principalmente, por el país del que se llega. Para varios de los personajes, pero sin duda para Ifemelu, como el central, las lógicas de Estados Unidos, lo que se debe hacer y no, suscitan reflexiones y cambios, resignificaciones de un lugar compartido con otras personas, pero que se experimenta de manera particular en cada caso.

Sobre este mismo aspecto, para los personajes en la novela de Marvel Moreno, la migración se experimenta desde otra óptica. Por una parte, Barranquilla es una ciudad portuaria, por lo que la llegada de personas extranjeras, con la idea de asentarse o de hacer una parada en el itinerario de viaje, es común. Lo anterior no quiere decir que sean recibidas siempre con agrado y naturalidad, pero su presencia hace parte de la cotidianidad de la ciudad. Quienes arriban a la Barranquilla de *En diciembre llegaban las brisas* necesitan de dos elementos fundamentales para ser acogidos con respeto: dinero y clase. Estos son entendidos como la pertenencia a la burguesía. Así mismo, la ciudad de Barranquilla, como receptora de migrantes, es un espacio abierto a la novedad que aportan quienes vienen de otras partes del mundo. De manera especial, Moreno hace referencia a los árabes, reconocidos comerciantes, que llegaron a la ciudad a proponer no solo negocios, sino formas de disfrute, aparentemente desconocidas por quienes ya habitaban el territorio. Como lo menciona Luz Mary Giraldo (2004), los personajes migrantes llegaron a conformar la “burguesía cosmopolita”, exótica en sus componentes gastronómicos y culturales, y aportaron a los mencionados pecados que la autora resalta en la novela, que distrajeron y escandalizaron, por igual, a los y a las habitantes de la ciudad. Como en el caso de Divina Arriaga, estos “pecados” solo estaban permitidos según la procedencia y el género de quienes los cometieran.

Por otra parte, para los personajes principales (Dora, Catalina y Beatriz) la migración se experimenta como algo voluntario y, en algunos casos, como parte de la vida misma en la clase alta. Migrar a otro país

se entiende como uno de los privilegios característicos de la burguesía. En los casos de Catalina y de Lina, por ejemplo, es la oportunidad de iniciar una nueva vida con los aprendizajes y las reflexiones de la anterior, en Barranquilla. Para Beatriz, por su parte, es la posibilidad de estudiar y obtener un diploma, pese a que las probabilidades de lograr algo con aquella experiencia, al menos en una sociedad como la barranquillera, sean pocas o nulas, principalmente porque en este caso salir del país es más la exhibición de un privilegio que un interés genuino por vivir algo distinto o sobresalir:

El diploma de colegio obtenido en Canadá, que le abría las puertas de las mejores universidades norteamericanas, de poco le servía en una ciudad donde las muchachas de su posición no realizaban estudios superiores ni trabajaban a menos de ser muy pobres o estar animadas por un franco espíritu de rebeldía. (Moreno, 2014, p. 391)

En los ejemplos anteriores, la capacidad de adaptación de quienes llegan (o retornan) a un territorio es necesaria para construir otros significados en torno al lugar que ahora habitan. Sin esta adaptación, sin esta posibilidad de resignificar el espacio, es muy difícil encontrar sentido a la acción de habitar. Por eso, Linda McDowell hace énfasis en la necesidad de pertenecer y de formar vínculos, no solo como una respuesta humana, sino como la opción de seguridad que requerimos para estar cómodas(os) en un espacio determinado:

Los estudiosos de la geografía saben ahora que el espacio es conflictivo, fluido e inseguro. Lo que define el lugar son las prácticas socioespaciales, las relaciones sociales de poder y de exclusión; por eso los espacios se superponen y entrecruzan y sus límites son variados y móviles (Massey, 1991; Smith, 1993). Los espacios surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia. (McDowell, 1999, p. 15)

En esta línea, aparece nuevamente la idea relacionada entre identidades y territorio. Según sea el espacio habitado y según lo requiera, las identidades se adaptan, desaparecen, aparecen, para estar. Los personajes de las novelas pueden sentir que adaptarse o modificar sus identidades para estar en un lugar puede interpretarse como traición. Por eso la mofa a las(os) “retornadas(os)” que ahora vuelven a habitar Nigeria, en el contexto de *Americanah*, pero con unas formas distintas, adoptadas en el país del cual regresan: “eran los santificados, los retornados, que habían vuelto con una reluciente capa de más”, (Adichie, 2014, p. 517). Con frecuencia, las lecturas sobre las(os) “americanah” pueden ser superficiales. En algunos casos, exaltan el carácter “superior” de quienes regresan de Estados Unidos, pero en otros, critican y rechazan los cambios. En todo caso, esa idea de adaptación y pertenencia a un nuevo lugar geográfico se hace presente como una manera, principalmente, de sobrevivir. Emmanuel Ngwira, en relación con la obra de Chimamanda Adichie, lo sintetiza así: “. . . Adichie aptly shows how for the migrant to belong they must participate in their own othering”¹¹ (Ngwira, 2017, p. 293).

En otras palabras, quien reconoce que su origen no está en el lugar que habita, que sus raíces están en otro espacio, ve la necesidad de resignificar este nuevo territorio con el ánimo de entenderse como parte de la otredad que menciona Ngwira, pero con la capacidad de encontrar el sentido que esta mirada aporta a su realidad y que, en últimas, construye sus identidades.

A este análisis se suma la idea de que en la relación que se desarrolla con el territorio también intervienen, como lo hemos planteado, otras categorías de interés para este proyecto como lo femenino. Así, algunos elementos de este apartado se relacionan con lo que constituye ser mujer de acuerdo con el espacio que se habita. Sin duda, el territorio, como lugar físico, pero de manera particular como espacio simbólico, construido, determina las ideas que sobre lo femenino se generan, condicionándolo.

En las novelas analizadas, los personajes femeninos se piensan, se reconstruyen y resignifican sus prácticas según los territorios que habitan y lo que los entornos que las rodean les ofrecen y, hasta cierto punto, les

11 Traducción libre: Adichie muestra acertadamente cómo para que el migrante pertenezca, debe participar en su propia alteridad.

permiten. Esta lucha constante entre lo que el lugar habitado admite y la construcción de la identidad femenina (entendida desde lo que tradicionalmente se ha asumido así) produce, en algunas, un círculo de reflexión y cambio para poder estar. Como lo hemos señalado, Lagos, Nsukka (Nigeria, en últimas, como la idea de patria y hogar), así como Barranquilla, suponen una construcción real y una imaginaria que se narra en las novelas. Las mujeres de estos espacios viven en ellos de maneras particulares.

En lo que respecta a *En diciembre llegaban las brisas*, Luz Mary Giraldo hace referencia a la relación que existe entre la ciudad de Barranquilla y los personajes femeninos en la novela de Marvel Moreno: “En muchos momentos, para las mujeres de Marvel Moreno, Barranquilla es un no lugar, temido y odiado, creado por y para los hombres, teatro de mezquindades, de desconocimientos y de violencia” (2004, p. 96). De esta manera, como Giraldo lo menciona, el territorio es el lugar en el que las violencias se materializan y encuentran, incluso, justificación. Las tradiciones culturales que se arraigan en los espacios habitados normalizan con frecuencia las acciones en contra de la mujer, ya sea porque se avalan o porque, por oposición, el hombre tiene un lugar más privilegiado que le permite actuar como le plazca sin que la sociedad le haga reproches y, por ende, sin asumir las consecuencias de sus actos. Barranquilla, en la novela de Moreno, representa el lugar en el que convergen las historias de las protagonistas; la ciudad de oportunidades para los personajes masculinos y de resistencias para los femeninos. Barranquilla es, por tanto, al mismo tiempo el territorio de oportunidades para la clase alta a la que estos personajes pertenecen, pero, desde su condición femenina, puede ser considerada una jaula.

Así, lo femenino se cruza con el territorio también desde las relaciones de clase, pues la manera cómo se habita un lugar pasa por las posibilidades que este ofrece. Si bien, como lo mencionamos, de acuerdo con las zonas del ser y del no-ser hay cuerpos superiores e inferiores, lo cierto es que el género femenino, y la identificación con este, marca de muchas maneras la inferioridad. En esta sociedad retratada por Moreno en su novela, el lugar de las mujeres, y sus opciones de resistencia, está igualmente dado por su posición social.

En el caso de Odile Kerouan, madre de Javier (pareja de Beatriz), el hecho de llegar desde su pueblo en Alemania hasta Barranquilla supone un proceso de migración y adaptación. No obstante, como lo señalamos antes, esa característica no marca necesariamente un aspecto negativo. Odile tiene una condición de extranjera que, como muchos de los personajes femeninos, vive también bajo la opresión de una sociedad patriarcal que relega a las mujeres. Sin embargo, Odile, y sus amigas, comparten las posibilidades que otras mujeres no tienen. Como enfatiza Linda McDowell en relación con quienes dejan su lugar de origen, su patria, y asumen la condición de “parias”, la asimilación de este estado no es igual para hombres, ni para mujeres, ni incluso, para mujeres en condiciones de clase distintas:

Para la mayor parte de las mujeres, la participación en esos desplazamientos ha supuesto, además, entrar en un proceso de proletarianización, a medida que el capital, local o multinacional, las ha ido convirtiendo en mano de obra asalariada de la nueva división internacional del trabajo. (McDowell, 1999, p. 12)

Como se nos cuenta en la narración, Odile tiene la opción de evadir, de dejar pasar ciertas situaciones, algo que, de no pertenecer a la clase alta, no sería posible:

Porque a partir de cierto nivel social, y siempre cuando las esposas pusieran en sordina ciertas exigencias o fingieran ponerlas, el patriarcado se volvía en aquella ciudad una pantomima: a los hombres se les dejaba la ilusión de conservar el poder: se consentían sus caprichos y nunca se discutían sus opiniones. [...] Una vez casadas, las mujeres descargaban las faenas domésticas sobre sus criadas y entraban en la feliz ociosidad de tardes pasadas en el Country jugando cartas hasta el anochecer, mientras cedían a los antojos de su apetito encargando sándwiches, tazas de té y algunos tragos disimulados en coca-colas. [...] Odile Kerouan había descubierto en aquel orden una libertad inimaginable para sus hermanas europeas, siempre sometidas a la presión del marido o de la familia, privadas de las mismas satisfacciones, y sin recibir la menor compensación. (Moreno, 2014, p. 371)

Las libertades que Odile se puede permitir en Barranquilla, como una mujer de la clase alta, son claramente inconcebibles en su sociedad de procedencia. El lugar que ocupa en Alemania, que intuimos no es privilegiado, no le permite “poner en sordina” el machismo imperante en la sociedad. Por el contrario, como lo afirma la narración, sus hermanas de otros países deben continuar con la opresión en la que siempre han vivido. La situación de Odile no es ideal, pero es una muestra de la resistencia que se genera en un ambiente determinado, en el que el lugar que se ocupa genera unas dinámicas de superioridad frente a las que mantienen otras mujeres, como las empleadas domésticas, para quienes no hay opción y la opresión suma elementos: ser mujer, ser pobre y, en muchos casos, ser una mujer negra y pobre. De ahí la importancia de la mirada interseccional en este análisis, pues lo que se construye como femenino en los distintos escenarios también es atravesado por la clase social, costumbres del territorio, entre otros aspectos, en las mujeres que protagonizan las historias. Las problemáticas narradas en las novelas no se limitan a una condición de mujer, sino que suman elementos en los que se constituyen otras formas de opresión.

Así, las relaciones que en y con el territorio se construyen no deberían quedarse en la inercia, en la pasividad de las tradiciones, sino en las posibilidades que en esos lugares se pueden encontrar. Sin duda, cada espacio determina las prácticas que considera válidas y las que condena, pero como espacio habitado, es susceptible de ser modificado, de ser repensado desde nuevas experiencias.

En esa misma línea, en *Americanah*, Ifemelu también se enfrenta a los cambios que sus territorios frecuentados le proponen. En la idea de su construcción femenina, de lo que significa ser mujer en un espacio y en otro, encuentra diferencias. Por un lado, en Nigeria, Ifemelu se enfrenta, desde el género, a las ideas concebidas de lo que lo femenino encierra: hay una idea de cómo “mejorar” lo que se es, en contraste con quienes habitan otros territorios. Con las nociones de superioridad/inferioridad de las zonas geográficas, también se erigen nociones sobre el cuerpo de quienes proceden de esos lugares. Por eso, aunque Ifemelu habita su lugar natal, el territorio conocido, su idea de ser mujer pasa por los lugares “superiores”.

Esa idea de belleza occidental no es la que ostentan quienes, como ella, viven en Nigeria, quienes se parecen a ella y comparten sus rasgos, sino quienes se alejan de esas facciones:

Kosi se rió [sic], tal como se reía siempre, con el franco goce de quien acepta su propia belleza, cuando la gente, por lo clara que tenía la piel, le preguntaba: «¿Tu madre es blanca? ¿Eres mulata?». A él eso siempre lo había desconcertado, el placer que encontraba en que la confundieran con una persona mulata. (Adichie, 2014, p. 35)

El personaje de Kosi, la esposa de Obinze, retrata la satisfacción de quien ha nacido en un lugar en el que se considera que su cuerpo, por su raza, por su color de piel, ocupa un lugar inferior en el mundo, y se aleja de esa construcción. Al mismo tiempo, el cuerpo, como territorio, guarda relación con el sitio que se habita, pero, además, se convierte en un territorio, al cual se accede, se conquista, se trabaja y se cambia. En el caso mencionado, Kosi presume una belleza occidentalizada que es percibida como la norma, como el estándar por el cual puede ser medida la belleza de otras mujeres con las que comparte espacio, precisamente porque se acerca a la idea occidental que sobre lo bello se ha construido. En tanto el cuerpo puede ser modificado para adaptarse, se convierte en sí mismo en un escenario de búsquedas, de luchas y de transformaciones.

Para Ifemelu, la idea de su construcción femenina en los territorios en los que transita pasa también por escuchar, no sin recelo, las ideas que en esos lugares se han aceptado como configuración de lo femenino, teniendo como base que, en esos casos, lo femenino es lo impuesto por Occidente. En palabras de Dina Yerima (2017):

The modern world is one where the Western perspective of beauty imbricates others. It allows for the sublation of other variants as imperial aesthetics is foregrounded. This involves a preference for nonkinky hair that might be either straight or wavy, slim physique, and fair complexion as opposed to bigger, fuller physiques and darker complexions. Related to this conception of beauty that affects one's feeling of confidence and sexuality is the notion of femininity (Western femininity). Women are expected to act in a certain way and conform

to society's definition of what it means to be female. The model is the White woman, not in her real self but as a media construction¹². (2017, p. 642-643)

Por eso, aunque en Nigeria, Ifemelu siente el peso de las ideas que sobre la mujer se han concretado, es en Estados Unidos donde el contraste se hace aún más evidente, pasando, de manera particular, por su cabello afro.

Ese pelo tan abundante y bonito serviría si fuera a entrevistarme para cantante de coro en un grupo de jazz, pero para esta entrevista necesito ofrecer una imagen profesional, y profesional equivale a lacio, y si fuera rizado, tendría que ser un rizado de mujer blanca, con rizos sueltos, o, en el peor de los casos, bucles, pero nunca crespo. (Adichie, 2014, p. 266)

La idea de lo que una mujer es, o las formas en las que adquiere mayor valor, en este nuevo territorio, cala en Ifemelu y es motivo de reflexión, que termina volcada en la escritura de su blog. Para ella es claro que no es lo mismo ser una mujer en Estados Unidos que en Nigeria, porque con dicha procedencia se han cargado también unas ideas de lo que esto significa, y de lo que debe hacer para acomodarse en ese nuevo lugar. En su blog escribe: “Al describir a las mujeres negras que admiráis, siempre debéis usar la palabra FUERTE porque eso es lo que supuestamente son las mujeres negras en Estados Unidos” (Adichie, 2014, p. 288). Ese lugar representa, entonces, un reto en lo que hasta ahora había concebido, o, incluso, en aquello que no se había preguntado, y que, en este nuevo momento, en este nuevo territorio, exige no solo la observación del entorno, sino la acción de acuerdo con lo que se enfrenta.

12 Traducción libre: el mundo moderno es uno en el que la perspectiva occidental de la belleza se superpone a otras. Esta permite la superación de otras variantes al poner en primer plano la estética imperial. Esto implica una preferencia por el cabello no rizado que puede ser liso u ondulado, físico delgado y tez clara en lugar de físicos más grandes y llenos y tez más oscura. Relacionada con esta concepción de la belleza que afecta el sentimiento de confianza y la sexualidad, está la noción de feminidad (feminidad occidental). Se espera que las mujeres actúen de cierta manera y se ajusten a la definición de la sociedad de lo que significa ser mujer. El modelo es la mujer blanca, no en su yo real, sino como una construcción mediática.

En resumidas cuentas, el territorio, como categoría de este documento, involucra, como las demás, otros elementos: es espacio físico, pero también es lo construido, más allá de las fronteras; es el escenario de contención de prácticas, de costumbres, de gestación de ideas; y es el espacio a resignificar, en el cual resistir, según las posibilidades dadas.

Las identidades construidas

En este apartado del análisis, enfatizamos en que la pregunta por la identidad trasciende el sentirse de determinada manera o identificarse con un grupo en particular. De hecho, preguntarnos por la identidad supone cuestionamientos orientados a si hay una sola, inmutable, estática, o si son varias, que se modifican, se flexibilizan y nos determinan de formas distintas en diferentes momentos vitales.

En el desarrollo de este proyecto entendemos que no tenemos una sola identidad que se mantiene a lo largo del tiempo, sino que estamos formadas y formados por distintas identidades que se construyen de acuerdo con los cambios que el entorno genera y las reflexiones que los acompañan. Así, nuestras identidades se adaptan y se movilizan según los momentos y espacios que habitamos. José Enrique Finol enfatiza en este cambio que ha ocurrido en la concepción del término “identidad” y, por tanto, en la forma de asumir los estudios en torno a este:

Como es evidente en las nuevas investigaciones sobre el concepto de identidad, en los últimos años se ha pasado de una concepción que la caracterizaba como estática, inamovible y única, en cierto modo unidimensional, a una concepción dinámica, cambiante y plural, o pluridimensional, más acorde con la realidad contemporánea. En 1990 Ricoeur (1990) distinguía entre una identidad-mismidad (“*identité mêmité*”), entendida como expresión social y como aquella más o menos constante a través del tiempo, e identidad-sí-mismo (“*identité-ipséité*”), relativa a una auto identificación basada en el sí mismo del sujeto. (Finol, 2018, p. 99)

Consideramos que esta mirada personal, mencionada en Finol, no es el resultado de una reflexión aislada del territorio en que se produce, ni de quienes lo habitan, sino que lo integra y, con base en lo que este otorga, la

mirada personal se alimenta y se complementa. Así, el territorio desempeña un rol importante en lo que nos decimos de nosotras(os) mismas(os) y lo que las otras personas esperan que seamos y cómo actuemos en conformidad. En los espacios determinados que habitamos se han estructurado ideas de acuerdo con aquello con lo que decimos identificarnos y con los grupos a los que pertenecemos. O, incluso, con aquello que las demás personas consideran que nos identifica o debería hacerlo.

Así, la construcción de nuestras identidades no parte de un ejercicio individual y aislado. Si bien los rasgos que las forman son específicos y únicos de cada persona, no quiere decir que en la caracterización de estos solo interviene quien los asume. Por esta razón, la construcción de las identidades también hace parte de un proceso colectivo en el que tienen lugar quienes aportan miradas externas sobre cada persona:

Desde la perspectiva social, en general, se suele considerar que la identidad es la capacidad del individuo para identificarse con otros. Siguiendo a Begoña Enguix Grau (2000), podemos afirmar que por un lado la identidad supone el etiquetaje de un determinado grupo de individuos basándose en ciertas características que se les suponen particulares. [...] La construcción social de la identidad se lleva a cabo principalmente a través de la creación de modelos de comportamiento y esquemas tipificadores variados que sirven para aprehender la realidad, a nosotros mismos y al resto de los miembros de la sociedad. (Herrera, 2010, p. 40)

De esta manera, como lo afirma Coral Herrera (2010), entendemos que las identidades no se construyen de manera aislada, sino que esas miradas ajenas y externas terminan constituyendo, incluso muchas veces, la perspectiva predominante en lo que se refiere a las identidades de una persona. Unida a esta idea, consideramos también que las identidades varían, se adaptan y se ajustan según los cambios que experimentamos. Esta capacidad de adaptación es, en parte, lo que permite que lleguemos a aceptar nuestros cambios y a hacer parte de otros contextos (ligados también al cambio de un territorio geográfico), e incluso, a transitar los que ya conocemos y en los que vivimos, pero de forma distinta, desde una

perspectiva de cambio. En esta línea, pero desde una experiencia contraria, por ejemplo, el personaje de Beatriz (*En diciembre llegaban las brisas*) se ve envuelta en una serie de situaciones que resultan desafortunadas y opacan, como nos lo narran en la novela, lo que alguna vez fue. Esta falta de reflexión y la inercia en torno a los procesos identitarios hacen que se pierda norte. Pues, aunque la construcción de identidades se dé continuamente, esto no quiere decir que no haya necesidad de conciencia en lo que sucede y cómo se asimila:

Qué lejana le pareció entonces la época en que Beatriz intentaba encontrarle un sentido a la vida y cuán inútil hablarle ahora de subterráneos y frisos a esa mujer apagada cuyo único interés consistía en pasar por una esposa ejemplar. Beatriz era ya otra persona: después de atravesar los huracanes de la pasión se había refugiado en la granítica virtud de su adolescencia perdiendo toda viveza de espíritu. (Moreno, 2014, p. 406)

Estos cambios, reflejados en la novela mencionada, son solo algunos ejemplos de lo que suscita la reflexión sobre las identidades y la necesidad de entenderlas como variantes, así como lo que genera la falta de reparo sobre los cambios que se viven. Todos estos aspectos conforman la totalidad de una persona, mas no la encasillan en un determinado elemento de su constitución.

En esta misma línea, nos parece valioso resaltar que las identidades se pueden construir a partir de distintos factores, variables para cada persona: el género, el territorio que habita, las experiencias que vive, el cuerpo, la clase y, por supuesto, la raza. Lo anterior está directamente relacionado con las sociedades en las que vivimos y lo que se espera de cada una y cada uno de nosotros de acuerdo con las identidades que asumimos. Pese a todos los elementos mencionados, quizá hay uno que no solo no depende de nosotras(os) en su conformación (como lo puede ser el cambio de un territorio geográfico a otro), sino que determina cómo decidimos, de acuerdo con ese sentir, relacionarnos con el mundo: la identidad de género.

Lo problemático, si es que nos podemos referir a un solo aspecto de esta concepción, como ya lo hemos mencionado en el apartado de lo femenino y que aquí resaltamos, es que la idea del género como natural sitúa a mujeres y a hombres, así como a las personas que no se consideran dentro de la denominación binaria, en unas concepciones que simulan jaulas de las cuales no siempre resulta fácil salir. En el caso de *En diciembre llegaban las brisas*, Moreno enfatiza en lo que la sociedad ha construido como expectativas en torno a Dora, Beatriz y Catalina, y a su idea de ser mujeres. Claro, no es solo el ser femenino lo que las constituye, también están atravesadas por la clase (con frecuencia vinculada al color de piel), pero de manera especial la atención de Moreno se centra en lo que una mujer debe ser y, por supuesto, lo que no, así como aquellos roles destinados por el solo hecho de su feminidad. Cabe aclarar que esta idea de identidad femenina aquí expresada responde a lo que tradicionalmente se ha expuesto como tal. Nuestra propuesta, por supuesto, parte de entender que hay otras formas de construir esta identidad que trascienden las posiciones que al respecto se han establecido desde el sistema patriarcal.

En esta misma línea, se insiste, desde estas concepciones, que existe un universo que concierne a las mujeres. Este se limita a la relación con el hogar, la maternidad, el cuidado del otro (y de sí misma como sujeto que debe ser visiblemente atractivo) y la relación con el cuerpo. La identidad femenina se construye, entonces, asociada a valores como lo íntimo, lo misterioso y principalmente ligada a la naturaleza, de ahí que sea considerada una oposición a la masculina, en tanto razón y cultura, como lo desarrollamos en apartados anteriores.

De estas divisiones, de estas oposiciones, se va construyendo la identidad femenina, que muchas veces, en estas narraciones, busca salirse de lo establecido y no quiere ser determinada por lo que la sociedad ha impuesto. En otras palabras, se han generado estereotipos que siguen reproduciendo modelos de opresión social de orden patriarcal. Desde esta mirada, la identidad femenina agrupa una serie de características y todo aquello que se salga de esas consideraciones no se tomará como tal. Por eso los estereotipos de género reducen las posibilidades de quienes son señalados por estos, pues limitan el actuar a aquello que es esperado, en vez de revisar las múltiples opciones que una persona puede abarcar con su existencia.

Por lo anterior, la construcción de lo femenino como característica identitaria de una persona no se queda únicamente en lo que ella misma concibe como tal, o de aquello que toma o deja en el proceso, sino que está mediada por la mirada social, por los roles asignados. Por esa razón, se hacen necesarias formas de resistir a estas imposiciones como las que hemos mencionado, como efectivamente lo hacen los personajes de Moreno y Adichie; con todo lo que realizan por reivindicar y resignificar su existencia se abren caminos a nuevas y otras maneras de habitar el mundo y construir sociedad.

En las obras *En diciembre llegaban las brisas* y *Americanah*, la categoría de identidad se expresa de manera particular en los contextos de las narraciones con los aspectos específicos de cada historia. No obstante, las novelas guardan relación en cuanto se refieren a la conciencia de estas identidades en personajes que, por el desarrollo de su historia, hasta el momento no habían reflexionado sobre ellas. De esta manera, Ifemelu se ve atravesada por esta conciencia y por el reconocimiento de nuevos aspectos identitarios. En Nigeria, su país natal, Ifemelu no se había cuestionado por su identidad racial, pues ese no era un espacio que requiriera tales reflexiones. Sin embargo, cuando llega a Estados Unidos, tienen lugar cambios internos que le suscitan el entendimiento de esas otras realidades. Aunque la raza (y, en su caso, el cabello afro) es un tema recurrente de reflexión, Ifemelu también se enfrenta a las transformaciones propias de una mujer joven, quien inicia una carrera universitaria y vive nuevas experiencias: “Ifemelu, pensando en sus propias identidades estadounidenses nuevas, observó a Mariama en el espejo. Fue durante su relación con Curt cuando se miró por primera vez en el espejo y, experimentando una repentina sensación de logro, vio a otra persona.” (Adichie, 2014, p. 249). Esta escena, relatada en el salón de trenzado al que Ifemelu se desplaza antes de volver a Nigeria, antes de convertirse en una *americanah*, es solo una muestra de la percepción ganada frente a sus nuevas posibilidades, a sus transformaciones.

Enfatizamos, entonces, en lo mencionado por Coral Herrera (2010), que las identidades también se concretan desde las perspectivas sociales. En este caso, para Ifemelu, asumir su raza desde la visión externa consiste

en asumirse desde el entendimiento que otras personas tenían de ella. Ginika, su amiga, quien llevaba varios años en Estados Unidos y le sirvió de guía, le hace una introducción a los temas raciales y culturales, desapercibidos para la recién llegada: «Podrías haber dicho que Ngozi era tu nombre tribal e Ifemelu tu nombre de la selva y añadir otro como nombre espiritual. Cuando se trata de África, se creen toda clase de chorradas.» (Adichie, 2014, p. 173). Más adelante en la narración, cuando Ifemelu consigue un trabajo como niñera, la dueña de la casa le hace un comentario una vez se presenta: “—Qué nombre tan bonito- comentó Kimberly—. ¿Significa algo? Me encantan los nombres multiculturales porque tienen unos significados maravillosos, de culturas muy ricas y maravillosas”. La lectura que otras personas hacen de Ifemelu es parcial y, como muchas, está viciada por los prejuicios y los estereotipos ligados al cuerpo racializado, pero no quiere decir que esto no la afecte. Para Ifemelu, hace parte de habitar este territorio y adaptar esas nuevas visiones a la suya. Al respecto, Enrique Finol, en aras de conceptualizar el término “identidad” en interacción con otros elementos, lo presenta como la integración de varios aspectos que tienen lugar también en el entorno en que se producen:

La identidad es un conjunto de sentidos articulados, dinámicos y equilibrados, que el individuo y el grupo construyen progresivamente, a partir de sus experiencias intersubjetivas, espaciales y temporales. Sería erróneo ver el espacio solo como “expresión” de identidades e ignorar la capacidad del mismo para producirlas. Un espacio, ciertamente, expresa la identidad de quien lo construye, pero también el espacio construido y semiotizado produce identidad en quien lo viene a habitar. (Finol, 2018, p. 99)

Es decir, las identidades no se desarrollan al margen de los lugares que se habitan, por el contrario, estos dotan de sentido las perspectivas dinámicas que las personas construimos acerca de nosotras mismas, así como de los territorios que hemos habitado. Como en el caso de Ifemelu, Estados Unidos no solo representó un cambio geográfico, sino la posibilidad de reinventarse y resignificar su experiencia, su identidad femenina y racial. Tal como sucedió al regresar a Nigeria. En ese retorno, en esa carga

de ser una *americanah*, no solo tiene valor su mirada personal al cambio, sino las expectativas de quienes la conocían y quienes la llegan a conocer en esta nueva etapa, como, por ejemplo, sus compañeras de trabajo en la revista en la que consigue un puesto como reportera:

—Tía Onenu, he estado leyendo números atrasados tanto de Glass como de Zoe, y tengo algunas ideas sobre lo que podemos cambiar— dijo Ifemelu cuando el mayordomo se fue a por su zumo de naranja.

— ¡Eres una auténtica americana! Ya lista para ponerte manos a la obra, una persona seria y eficiente. Muy bien. Para empezar, dime cómo nos ves en comparación con Glass. (Adichie, 2014, p. 498)

Este diálogo es una muestra de la mirada externa que posiciona a Ifemelu en un lugar superior; que la considera distinta de sus coterráneos, quien es capaz, a ojos de su nueva jefe nigeriana, de trabajar mejor y quien exhibe virtudes propias de quien ha estado fuera de Nigeria, pero no en cualquier lugar, en Estados Unidos. Por eso, como lo indica Frantz Fanon (1986), la identidad racial (especialmente de mujeres y hombres negros, de países africanos y de las Antillas francesas, como en el caso del autor mencionado) refleja también un sentido de completitud, de una nueva óptica para sí misma, en la narración de Ifemelu, y para su país natal, que la considera distinta, en la mayoría de los casos, mejor:

The black man who has lived in France for a length of time returns radically changed. To express it in genetic terms, his phenotype undergoes a definitive, and absolute mutation. [...] By that I mean that Negroes who return to their original environments convey the impression that they have completed a cycle, that they have added to themselves something that was lacking. They return literally full of themselves. (Fanon, 1986, p. 19)¹³

13 Traducción libre: el *negro* que ha vivido en Francia durante un periodo de tiempo regresa radicalmente cambiado. Para expresarlo en términos genéticos, su fenotipo sufre una mutación definitiva y absoluta. [...] Con eso me refiero a que los negros que regresan a sus entornos originales transmiten la impresión de que han completado un ciclo, que se han agregado algo que les faltaba. Regresan literalmente llenos de sí mismos.

El sentido de completitud expuesto por Fanon no necesariamente surge de quien retorna, sino que, como pasa con Ifemelu, es asumido por quienes la rodean. La mirada que se hace sobre su identidad varía por el solo hecho de venir de otro lugar de mayor consideración al propio. Esa mirada carga de significado la lectura que otras personas realizan de esta *americanah*, sin que ella necesariamente lo note de esa manera. No obstante, parte de la construcción identitaria sí resulta de la adaptación que se logre, de la capacidad de “movilizar” algunos aspectos que requieren una atención distinta, un cambio, por el lugar en el que se está. Si bien Ifemelu se sigue sintiendo mayoritariamente nigeriana en su actuar y pensar, hay aspectos de sí que tuvieron que pasar por una reflexión y un ajuste para conseguir ser parte de este lugar.

En esa búsqueda de adaptación, la mirada de Ifemelu se posa sobre quienes la antecedieron en su llegada a Estados Unidos; quienes, como su tía Uju, recorrieron un camino a veces similar, a veces distinto, de transformación: “Sonó el móvil de la tía Uju. — Sí, soy Uju. Lo pronunció «Yuju» en lugar de «u-ju». — ¿Ahora pronuncias tu nombre así? — Preguntó Ifemelu después. — Es así como me llaman aquí” (Adichie, 2014, p. 140). El cambio de esta forma de enunciarse que Ifemelu nota en su tía, esa permisividad de su parte para que la llamen de la manera en que sea conveniente a quienes la nombran, para que la sientan parte de ese lugar, cuestiona su propia identidad, su propia idea de quién es y quién “debería” ser en este nuevo país. La aceptación de nuevas identidades, o aspectos de estas, de una nueva forma de estar en el mundo, implica pérdidas que se asumen de maneras distintas desde cada persona y perspectiva. No obstante, es el proceso reflexivo sobre ellas, propias y ajenas, el que puede ayudar a determinar cómo continuar el tránsito en el mundo.

Podemos decir, entonces, que la configuración de las identidades parte de condiciones plurales y únicas (en cuanto a lo característico de cada persona) y a lo que las lleva a desarrollarse. No obstante, consideramos que estos cambios, reflejados en las novelas revisadas, no son hechos fortuitos, sino que, en la mayoría de los casos, pasan por una reflexión que los personajes realizan, interpeladas, principalmente, por los contextos en que se desenvuelven. Sin este elemento de reflexión, de determinar qué se es y qué no, la construcción de las identidades es posible, pero quizás incompleta.

Sentidos que se tejen entre obras y mujeres: la invitación de *Americanah* y *En diciembre llegaban las brisas*

En el ejercicio de su escritura, por un lado, Marvel Moreno asumió de su experiencia personal aquellos aspectos que la vinculaban con la sociedad de élite de Barranquilla, con los roles y los ritos asociados a esta, para asumirlos como parte de una experiencia de resignificación que tuvo lugar en su obra. Si bien se ha mencionado que *En diciembre llegaban las brisas* no es una novela autobiográfica, desde nuestra lectura vemos las vivencias de la autora como un camino de reflexión que se hace evidente en esta publicación. Así, Moreno logró tomar los estereotipos y roles asignados en la cultura conocida para proponer, desde la ficción, posibilidades para pensarse el género femenino.

Por otro lado, la escritora Chimamanda Adichie se vale de su contexto personal, de manera especial de su experiencia de migración, para desarrollar la idea de que las identidades son móviles y cambiantes, por lo mismo, están en construcción permanente. Esto propicia que haya una reflexión constante acerca de la relación de estas identidades con los lugares que se habitan y las interacciones que se tejen. Por esto, la construcción de las

identidades está atravesada por un carácter de interseccionalidad, representativo de las obras de Adichie, que motiva a pensarlas desde distintas perspectivas y escenarios, como sucede con Ifemelu, el personaje principal de *Americanah*, en su relación con la raza y lo femenino, según el territorio habitado. De ahí que surjan en la novela distintos cuestionamientos sobre lo que significa ser mujer, negra, migrante, en Estados Unidos, pero que bien pueden trasladarse a otras experiencias y escenarios.

Junto con las autoras y las obras seleccionadas, como hemos desarrollado en este libro, identificamos que el cuerpo se concibe como un lugar en el que no solo suceden los mecanismos biológicos que permiten subsistir, sino que carga con todas las narrativas que lo rodean, con las representaciones sociales, los estigmas culturales, los prejuicios. Todo lo anterior deja marcas visibles e invisibles en este “territorio”, moldeando la identidad personal de la que el cuerpo es una parte fundamental. Así, los personajes femeninos de estas novelas que nos convocan exponen sus cuerpos a estas lecturas y nos permiten ver cómo el devenir histórico ha tallado sobre las mujeres, desde la violencia física y la simbólica, unas dinámicas de dominación en las que las han ubicado en la subordinación en distintas dimensiones de una sociedad.

Esas dinámicas de dominación que pasan por el cuerpo determinan la significación de lo femenino. En este orden de ideas, comprendemos que la oposición odiosa en la que diversas narrativas nos han mantenido como símbolos de lo natural en contraposición de la cultura, como representación de lo masculino, reafirman el estado de subordinación. Todavía hay personas que no dudan del rol de lo doméstico que se ha adjudicado históricamente a la mujer y el lugar del hombre, diametralmente opuesto, en la esfera pública. Por lo que estas obras literarias son la oportunidad que tenemos para cuestionar este tipo de comprensiones y complejizar las nociones de lo que lo femenino significa. Esto, en últimas, para poder establecer procesos importantes de resignificación. Las novelas, por tanto, en su sistema semiótico y en la construcción particular de su mundo ficcional nos dejan ver tres consecuencias muy problemáticas y perjudiciales para las mujeres: 1. La reducción de la supervivencia de la mujer a la voluntad del hombre. 2. El señalamiento de las mujeres como entes exclusivamente

emocionales. 3. La cosificación del cuerpo femenino para beneficio del placer del hombre. Estas ideas aún están presentes en la cotidianidad, tanto en sus discursos como en las prácticas de nuestras sociedades. Con las autoras hacemos el llamado de atención de esta realidad e interpelamos a nuestras(os) lectoras(es) a que se unan al cambio social que este siglo está exigiendo.

Sabemos que estas transformaciones sociales no son inmediatas y se deben a las reflexiones que hagamos del tema en diversas dimensiones. Aquí no podemos olvidar que esas concepciones del cuerpo y de lo femenino se ven también interpeladas por los espacios en los que habitamos. Por eso las novelas nos proponen una relación de doble vía con el territorio, este es a su vez condicionado por y condicionador de quienes lo habitan, pues atraviesa la construcción de imaginarios, roles, estereotipos, que en él se generan. La concepción del territorio pasa por comprender el desbordamiento de los límites geográficos que contienen a una población en particular y se sostiene en que el territorio se comprende de manera especial a partir de la construcción simbólica que de este se hace y que, en últimas, lo convierte en el mediador y posibilitador de experiencias.

Las identidades se forjan y se forman en una relación que involucra no solo el lugar que se habita, sino también las relaciones que se tejen con otras personas. Así, se entiende que las identidades no son fijas, ni, como se piensa erróneamente en el caso de la de género, se nos imponen desde el nacimiento. La construcción de las identidades, entonces, pasa por un proceso reflexivo y constante, en el que nos preguntamos por lo que nos configura en un lugar y momento específicos. Desde esta flexibilidad es que apostamos en este libro por las diversas posibilidades de resignificación de todo aquello que quiere ponerle una mordaza a la expresión de lo femenino.

Por consiguiente, dos prácticas por las que apuestan las autoras de las obras trabajadas se convierten en posibilitadoras de la transformación social. Estas son la oralidad y la escritura. Cada una de las novelas pone de manifiesto la importancia de estas dos actividades humanas en las que las mujeres han encontrado la forma de resistirse a los imaginarios perniciosos que sobre ellas existen en las diferentes sociedades. La primera,

la oralidad, permite la creación de espacios de reflexión y de conexión emocional con sus pares. Las conversaciones son la posibilidad del despertar de una conciencia liberadora y un acompañamiento en esas luchas individuales que los personajes femeninos deben asumir. La segunda, la escritura, fija los cambios de sentido y las luchas interpretativas que realizan las nuevas lecturas, un buen ejemplo es este libro que están leyendo en este momento. Eso asegura la trascendencia y la permanencia de los cambios y modificaciones del sentido que sobre lo femenino recae. Por eso recibimos el llamado de Moreno desde su escritura y la conectamos con la nuestra. Nos permitimos seguir conversando con otras mujeres como Adichie y aquellas que ya no están; creamos un gran tejido de sentidos y aportamos a la solidaridad y al diálogo sobre lo que en muchos momentos se ha silenciado. Este libro se queda corto. Habría tantos caminos para continuar estas reflexiones como, por ejemplo, los estudios de los blogs que propone Adichie en su novela como forma contemporánea de escritura y sus implicaciones; las posibilidades de diálogo sobre lo femenino a partir de los estudios de la interseccionalidad; espacios y estrategias comunitarias para ampliar los diálogos sobre el cuerpo, lo femenino, el territorio y las identidades.

Todavía hay mucho trabajo por hacer, los discursos y actitudes patriarcales con los que lidiamos todos los días implican continuar la conversación alrededor de estos temas. Frente a la obra de Marvel Moreno, a pesar de que ya es una autora de renombre en la tradición literaria colombiana, hay más por decir desde su estilo y su propuesta estética. Además, hay muchas escritoras latinoamericanas que simplemente han pasado al olvido en momentos de la historia en los que su generación no estaba preparada para darles su lugar. En el caso de Chimamanda Adichie, su obra se ha convertido en un referente contemporáneo no solo para la tercera generación de escritoras del continente africano, sino para mujeres de cualquier territorio. En este sentido, las voces de las escritoras están para ser estudiadas, las obras de Adichie están para ser interpretadas, los discursos cotidianos para ser analizados en clave de género y los imaginarios sociales para ser resignificados.

Referencias

- Adichie, Ch. (2014). *Americanah*. Random House.
- Akpome, A. (2017). Cultural criticism and feminist literary activism in the works of Chimamanda Ngozi Adichie. *Gender and Behaviour* (pp. 9847-9871). <https://www.ajol.info/index.php/gab/article/view/165790>
- Antonaros, A. (1997). Rutas, senderos, itinerarios en la novela *En diciembre llegaban las brisas* de Marvel Moreno. En J. Gilard y F. Rodríguez (Edit.), *Actas del Coloquio Internacional organizado por: Université de Toulouse- Le Mirail/ Università degli Studi di Bergamo (Toulouse, 3-5 de abril de 1997). La obra de Marvel Moreno* (pp. 167-178). Ed. Mauro Baroni Editore, Université de Toulouse- Le Mirail/ Università di Bergamo.
- Crenshaw, K. (2012). Cartografiando los márgenes. Interseccionalidad, políticas identitarias, y violencia contra las mujeres de color. En R. Platero (Ed.), *Intersecciones: Cuerpos y Sexualidades en la Encrucijada* (pp. 87- 122). Ediciones Bellaterra. <http://www.uncuyo.edu.ar/transparencia/upload/crenshaw-kimberle-cartografiando-los-margenes-1.pdf>
- De Alva, M. (2014). *Memoria y escritura del cuerpo: un estudio sobre sexualidad, maternidad y dolor*. Bonilla Artigas Editores.
- De Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo*. Cátedra.

- De Lauretis, T. (2015). Género y Teoría Queer. *Mora*, 21, 107-118. <https://doi.org/10.34096/mora.n21.2402>
- Fanon, F. (1986). *Black skin. White mask*. Pluto Press.
- Finol, J. (2018). Cuerpo e identidad: Espacio, lugares y territorios. *Revista Internacional de Filosofía y Teoría Social*, 3, 92-102. <http://doi.org/10.5281/zenodo.2426696>.
- Flores, V. (2018). Febriles alquimias del cuerpo. Una poética excrementicia. Pléyade, *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, (22), 45-60. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-36962018000200045>
- Flusser, V. (1994). *Los gestos. Fenomenología y comunicación*. Editorial Herder.
- Giraldo, L. (2004). Los relatos de Marvel Moreno: mirar, narrar, despedir el Edén. En *Ellas cuentan (memorias). Homenaje a Marvel Moreno Día internacional de la mujer Cartagena de Indias* (pp. 1- 13). Consejera Presidencial para la Equidad de la Mujer.
- Grosfoguel, R. (2011). La descolonización del conocimiento: diálogo crítico entre la visión descolonial de Frantz Fanon y la sociología descolonial de Boaventura de Sousa Santos. En *Formas-Otras: Saber, nombrar, narrar, hacer* (pp. 97-108). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_nlinks&ref=000141&pid=S0120-4807201500020000600020&lng=es
- Grosz, E. (1994). *Volatile Bodies. Towards a corporeal feminism*. Indiana University Press.
- Herrera, C. (2010). *La construcción sociocultural del amor romántico*. Editorial Fundamentos.
- Lamas, M. (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. *Papeles de Población* 5(21), 147-178. redalyc.org/pdf/112/11202105.pdf
- McDowell, L. (1999). *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Ediciones Cátedra Universitat de Valencia Instituto de la mujer.
- Miyares, A. (2005). El sufragismo. En A. De Miguel y C. Amorós (Eds.), *Teoría Feminista: de la ilustración a la globalización* (pp. 247-293). https://uabi-erta.uchile.cl/courses/course-v1:Universidad_de_Chile+UCH_42+2020/fd43e13c3e644c61aa14fb00a98cb7ac/
- Moreno, M. (2014). *En diciembre llegaban las brisas*. Alfaguara.
- Muraro, L. (1991). *El orden simbólico de la madre*. Editorial Horas y Horas. Archivo digital.

- Nadhezda, S. (1988). Marvel Moreno. *Boletín cultural y bibliográfico*, 25(14), 43-49.
- Ngwira, E. (2017). Gendering the transnational: history, migration and material culture in Zoë Wicomb's *The One That Got Away* and Chimamanda Ngozi Adichie's *The Thing Around Your Neck*. *Social Dynamics*, 43(2), 286-297. <https://doi.org/10.1080/02533952.2017.1364472>
- Ong, W. (1994). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica.
- Ortega, M. (2015). Marvel Moreno y sus voces: escritoras narradoras, personajes. *Revista Mundo Nuevo*, (16), 147- 171. https://www.researchgate.net/publication/342993079_Marvel_Moreno_y_sus_voces_escritoras_narradoras_personajes
- Osorio, B. (1997). Marvel Moreno o la reconstrucción del canon femenino. En J. Gilard y F. Rodríguez Amaya (Edit.), *Actas del Coloquio Internacional organizado por: Université de Toulouse- Le Mirail/ Università degli Studi di Bergamo (Toulouse, 3-5 de abril de 1997). La obra de Marvel Moreno* (pp. 167-178). Ed. Mauro Baroni Editore, Université de Toulouse- Le Mirail/ Università di Bergamo.
- Rodríguez, F. (1997). Una obra maestra de relojería literaria. En J. Gilard y F. Rodríguez Amaya (Edit.), *Actas del Coloquio Internacional organizado por: Université de Toulouse- Le Mirail/ Università degli Studi di Bergamo (Toulouse, 3-5 de abril de 1997). La obra de Marvel Moreno* (pp. 167-178). Ed. Mauro Baroni Editore, Université de Toulouse- Le Mirail/ Università di Bergamo.
- Sabido, O. (2013). Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica. En A. Aguilar y P. Soto (Coord.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (s.p.). Miguel Ángel Porrúa - Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa).
- Sánchez, L. (2015). De territorios, límites, bordes y fronteras: una conceptualización para abordar conflictos sociales. *Revista de Estudios Sociales (Universidad de los Andes)*, 53, 175-179. <https://doi.org/10.7440/res53.2015.14>
- Sánchez, T. (2008). ¿Cómo y con quién hablan los cuerpos? Cuerpos en acción desde un punto de vista co-constructivista. En M. Gil y J. Cáceres (Coord.), *Cuerpos que hablan. Géneros, identidades y representaciones sociales* (s.p.). Ediciones de Intervención Cultural (Montesinos).

- Sáenz, J. (1995). Lo masculino y lo femenino en la psicología de Carl Gustav Jung. En L. Arango, L.G., M. León y M. Viveros (Comp.), *Género e identidad: ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 101- 122). Tercer Mundo, Ediciones Uniandes, Universidad Nacional de Colombia.
- Segato, R. (2011). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. En K. Bidaseca y V. Vázquez (Eds.), *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina* (pp.17-48). https://uabierta.uchile.cl/courses/course-v1:Universidad_de_Chile+UCH_42+2020/courseware/4af2612353324018b1ac73c3bb407e45/21adfe59706f4e9ebf434d3a90ff4bb5/1?activate_block_id=block-v1%3AUniversidad_de_Chile%2BUCH_42%2B2020%2Btype%40vertical%2Bblock%40e0df2a3304eb436ab501b5260473954e
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones. En A. Aguilar y P. Soto (Coord.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales* (s.p.). Miguel Ángel Porrúa - Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa).
- Suárez, J. (2006). *La mujer construida: Comunicación e identidad femenina*. MAD, S.L.
- Taylor, J. (2019). Adichie's Americanah and Bulawayo's We Need New Names. *Language, Race, and Identity in Research in African Literatures*, 50(2), 68-85. <https://www.jstor.org/stable/10.2979/reseafrite.50.2.06?seq=1>
- Tristán, F. (1844). ¿Por qué menciono a las mujeres? *Ideas feministas de Nuestra América*. <https://ideasfem.wordpress.com/textos/c/c05/>
- Villa, L. y Cardona, L. (2015). La muerte como órgano-obstáculo del perdón en Vladimir Jankélévitch. *Revista de Filosofía*, (79), 58-84.
- Viveros, M. (2011). Relatos e imágenes del amor en la segunda mitad del siglo XX. En J. Borja Gómez y P. Rodríguez (Dirs.), *Historia de la vida privada en Colombia* (Tomo 2). (pp. 303-336). Taurus.
- Yerima, D. (2017). Regimentation or Hybridity? Western Beauty Practices by Black Women in Adichie's Americanah. *Journal of Black Studies*, 48(7), 639–650. <https://www.jstor.org/stable/26574528>.

Estos de lo femenino: diálogos comparativos entre Americanah y En diciembre llegaban las brisas es un libro resultado de un proyecto de investigación enfocado en analizar las obras mencionadas, de las escritoras Chimamanda Ngozi Adichie y Marvel Moreno, respectivamente, centrado en las reflexiones sobre lo femenino en dichas novelas. Este libro está estructurado en cinco capítulos en los que se presenta el proceso de su escritura, el lugar de enunciación de Moreno y Adichie, así como el análisis que tuvo lugar en el desarrollo del texto. En este, se evidencian las apuestas por cómo a través de la oralidad y de la escritura se construyen gestos de resistencia, y cómo estos se tejen con las categorías que orientaron el trabajo que aquí se presenta y que encuentran su eje articulador en lo femenino: el cuerpo, el territorio y las identidades. El libro concluye con las invitaciones que suscitan las obras analizadas y la discusión a la que se suma el trabajo aquí presentado.



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos

Rectoría Bogotá - Presencial

Bogotá D.C. Calle 81B No. 72B - 70
Teléfono +(57)1 - 291 6520
www.uniminuto.edu